
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
ANGUSTIA TRANSFERIDA
BEN RAMSAY

«Pamela se agitó todavía unos segundos; pateando desesperada. Ya en plena convulsión de la agonía, no dejaba de luchar con toda sus fuerzas contra aquella cuerda que le privaba de la vida.

¡Moría con los dedos engarfiados, amarillos por el esfuerzo, intentando arrancarse de la garganta una sombra negra inexistente!

Liza asistía a la tortura de su amiga, incorporada en la cama, apoyada sobre un codo, con la mirada desorbitada por el pánico».



Ben Ramsay

Angustia transferida

Bolsilibros: Selección Terror - 141

ePub r1.1
xico_weno 03.09.16

Título original: *Angustia transferida*
Ben Ramsay, 1975
Ilustraciones: Desilo

Editor digital: xico_weno
Mejora de portada: loskives
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

A mis cuatro hijos:
Beatriz, Luis, Raquel y Marta.

Et terra infecta est et contamínata.

Salmo, CV, 38

CAPÍTULO PRIMERO

Pamela Morgan no podía dormir.

Daba vueltas en la cama, tenía el cuerpo sudoroso e inquieto y le faltaba la respiración.

Como no deseaba despertar a su compañera, hacía lo imposible por dominar sus ganas de moverse, por estar quieta y esperar a que todo le pasara.

—¿Qué tienes, Pam? —Preguntó Liza, medio en sueños—. No haces más que dar vueltas y lamentarte. No me dejas descansar…

Las dos amigas compartían la cama doble del pequeño y acogedor apartamento que ocupaban en la ciudad.

Tenían un puesto de trabajo en los almacenes Fleminger y allí había nacido su amistad. Las dos eran naturales de la misma región del norte de Inglaterra, y esa casualidad les había ayudado a intimar en la ingente masa de desconocidos que era Londres.

—Me ha debido sentar mal algo de lo que hemos bebido, Liza —contestó Pamela—. Quizá haya fumado demasiado… Noto como un dogal en el cuello que no me deja respirar.

—Toma un poco de agua. Verás como te alivia.

—Ya lo he hecho…

—Pues tranquilízate y piensa que mañana debemos estar a las ocho en punto detrás del mostrador. Tenemos todavía cinco horas por delante…

Pamela Morgan se tendió con la espalda apoyada en el colchón y miró las sombras del techo. Su cabellera castaña quedó desparramada por la almohada; con la escasa luz que entraba por la ventana abierta no se podía apreciar la angustia encerrada en sus grandes ojos verdes.

No tenía más molestia que aquella sensación de ahogo en la garganta.

Y explicar a la sensata Liza Graham que, cuando se desnudaron para acostarse, había sentido algo semejante al roce de una áspera cuerda de esparto recorrerle el cuerpo y subir en dirección al cuello… No, nunca entraría en su cerebro.

Tampoco quería que su amiga creyera que estaba loca. Bastantes problemas había tenido ya en su ciudad natal cuando, siendo muy joven, se permitió el lujo de contar algunas de sus pesadillas nocturnas.

La experiencia le había enseñado a guardar silencio.

Pero es que ahora, una verdadera cuerda le estaba ahogando; la sentía sólida y fuerte alrededor de su fino cuello. Y al mismo tiempo sabía con toda certeza que no existía absolutamente nada real sobre su piel.

Con las dos manos intentaba librarse de la opresión; luego esperó a que todo quedase como una más de sus horribles pesadillas.

Liza Graham encendió la luz de la mesita de noche y se asustó al ver la palidez de su amiga.

—¿Quieres que llame a un médico?

—¡No! ¡No te preocupes! Ya se me pasará…

—¡Estás pálida!

—¡Déjame en paz!

Pamela se encontraba demasiado nerviosa para soportar la solicitud de Liza. Sabía que únicamente si se mantenía quieta y callada vencería la prueba.

—¿Qué tienes en el cuello?

—¡Nada!

—Es una raya roja, Pam. Has debido de arañarte tú misma. Estate quieta con las manos y deja que te haga una bebida caliente. Mañana no vas a poder ponerte el uniforme… Es demasiado escotado. ¡Dios mío, estás sangrando!

Pamela se asustó de verdad.

Ella no había hecho otra cosa que pasarse suavemente las yemas de los dedos por la garganta. No se había arañado.

Entonces, ¡la cuerda era algo real!

Pero ¡no podía ser!

—Liza…

—¿Qué?

—Me estoy ahogando… Cada vez respiro peor… Si me pasa algo, Cuéntaselo a Adam. Él te entenderá…

—Pamela, ¿qué ocurre contigo? ¿Qué te pasa?

—¡No lo sé! Sentí una sensación muy extraña cuando vinimos a casa y ahora no puedo respirar. No he hecho nada… No sé qué tengo en el cuello, pero cada vez se estrecha más… ¡Me muero!

—¡Pamela! —el grito de Liza Graham encerraba un terror insoportable.

La joven rubia veía a su amiga retorcerse en la cama; con ambas manos tiraba de un imaginario dogal que le rodeaba el cuello. También veía que el color de su cara iba tomando un espantoso tinte violáceo.

—¡Díselo a Adam…! —gimió débilmente la muchacha.

Pamela se agitó todavía unos segundos; pateando desesperada. Ya en plena convulsión de la agonía, no dejaba de luchar con toda sus fuerzas contra aquella cuerda que le privaba de la vida.

¡Moría con los dedos engarfiados, amarillos por el esfuerzo, intentando arrancarse de la garganta una sombra negra inexistente!

Liza asistía a la tortura de su amiga, incorporada en la cama, apoyada sobre un codo, con la mirada desorbitada por el pánico, sin saber qué hacer.

Empezó a recobrar la conciencia cuando Pamela gritó por última vez, con un ronco estertor. Se le volvieron los globos de los ojos hacia afuera, sacó la tumefacta lengua morada. Al fin, se quedó inmóvil.

Liza Graham se hallaba ahora al pie de la cama, paralizada por el terror, con las dos manos tapándole la cara.

Todo su cuerpo tiritaba de miedo. La tensión culminó en un incontenible alarido histérico, que pareció llenar la habitación de ecos de muerte, de ruidos que rebotaban por las paredes, de lamentos procedentes de una mente enfermiza.

Liza dio media vuelta y se vio reflejada en el espejo.

Nada quedaba ya de su belleza rubia, de su cutis terso, de su figura armoniosa, de su cuerpo de curvas perfectas…

La sorpresa ante aquella muerte inconcebible le había trastornado hasta el punto de parecer otra.

Las cortinas verde musgo del dormitorio, los cuadros de las paredes, el empapelado, la moqueta, la luz de la lámpara, la

calefacción…, todo seguía siendo real. Pero el cadáver retorcido de Pamela cambiaba las cosas normales hasta límites insospechados.

No pudo resistir la soledad en aquel ambiente y corrió al teléfono:

—¡Adam! —Dijo en cuanto supo quién estaba al aparato—. ¡Adam! ¡Por favor, ven a casa!

—¿Quién eres? ¿Qué ocurre? Baja la voz, chica… ¿Eres Liza?

—Sí. Soy yo. ¡Ven corriendo…!

—¿Qué pasa?

—¡Es Pamela!

—¿Qué ocurre con Pamela?

Ahora había ansiedad en la voz del hombre. Adam Walker conocía a las dos mujeres desde que un día entró en los almacenes de ropa confeccionada a comprarse un traje.

Su falta de sentido práctico, y su simpatía para dejarse aconsejar por las muchachas, le granjearon la amistad, primero de Liza, y después de Pamela.

Pronto fue esta última la que acaparó sus preferencias, y se habían visto con asiduidad.

Adam Walker era un médico que desde hacía dos años había terminado la Universidad; en la actualidad hacia el período de prácticas con el doctor Floid Riggs, el conocido psicoanalista.

Liza no estaba celosa de la amistad de ambos jóvenes; incluso los tres habían pasado muy buenos ratos juntos.

Por eso, ahora, la muchacha dudó en contestar:

—¡Está muy mal, Adam! —explicó—. Algo terrible le ha sucedido. Me pidió que te llamase… Tengo mucho miedo… ¡Ven lo más rápido que puedas, Adam!

—Pero ¿qué le pasa a Pamela? Quizá tú puedas hacer algo mientras llego. ¿Qué tiene?

La joven no se atrevió a responder.

—¿Estás ahí? —Gritó Adam—. ¿Me oyes?

—Sí. Te oigo. Es que Pamela…

—¡Habla de una vez!

—¡Está muerta!

Ahora, el que quedó mudo de sorpresa fue el doctor Walker. Tras una pausa, que pareció eterna, se le oyó decir.

—¿Estás segura de no haber bebido demasiado, Liza? No será

una broma de las vuestras…

—¡Oh, Adam! ¡Ven! ¡Por Dios, ven…!

Liza Graham dejó que el auricular le resbalase por la mejilla y no se preocupó ni de depositarlo sobre la horquilla.

Unos sollozos incontenibles le hacían temblar todo su cuerpo. Lentamente se deslizó apoyada en la pared hasta quedar completamente encogida en el suelo.

¡Nada de aquello podía ser verdad! Había visto morir a su amiga en contados segundos… Pamela se había arañado ella misma, hasta darse muerte… Luego, el espejo le dio aquélla imagen suya tan inconcebible… ¡No era su cuerpo el que se reflejaba allí! ¡Era el de otra mujer! ¡Y Adam había pensado que estaba borracha, loca…!

Encogida en el suelo, Liza no era capaz de moverse, ni quería moverse. Esperaría allí, quieta, hasta que alguien viniese…

Le pareció que transcurría toda la noche antes de oír el timbre de la puerta.

Con las piernas agarrotadas por la postura y con el cuerpo destrozado por la excitación nerviosa, se dirigió a la puerta.

Adam Walker entró como una flecha, y quedó desconcertado en medio de la sala.

—¿Dónde está? —preguntó.

—En el dormitorio…

—¿Puedo pasar?

—¡Oh! Ya que importa… Pasa.

—Ven conmigo.

—¡No!

Adam comprendió la negativa de Liza y se dirigió hacia la habitación de las muchachas.

Tardó en salir. Cuando lo hizo, su expresión era grave.

—Liza, ¿qué ha ocurrido aquí? —No había entonación en sus palabras—. ¿Por qué me has engañado? ¿Qué es lo que te tiene en semejante excitación de nervios?

—¡Pamela! ¿No la has visto?

—Sí. La he visto.

—¿Y me preguntas aún?

Adam no sabía con qué carta quedarse. Conocía la tremenda capacidad lógica de Liza Graham, su ponderación y el equilibrio de su mente.

Era en todo la antítesis de Pamela. Pamela sí podía ser imaginativa, temperamental,… fantasiosa…

Pero en aquel momento, la que no sabía lo que hablaba, la que mentía, era Liza.

—Pamela duerme tranquilamente —dijo Adam—. La he tapado, ya que estaba helada por no llevar nada encima. Pero no encuentro que le ocurra nada…

—¿De qué me hablas? —Casi gritó Liza—. ¡Está muerta!

—No. La he reconocido y se halla perfectamente bien. Tiene el pulso normal y está más bonita que nunca…

El doctor Walker sabía cómo combatir una crisis de nervios y pensó ayudar a Liza con aquel comentario entre jocoso y picante, ya que recordaba cómo había hallado a Pamela sobre la cama.

—¡Adam, por Dios! ¿Qué dices? Está muerta. ¡Se asfixió con la cuerda!

—¿Con qué cuerda?

—Con la que tenía alrededor del cuello.

—Ven conmigo, Liza.

—¡No!

—Anda, dame la mano y acompáñame.

La decisión firme de Adam y la forma cariñosa con que tomó a Liza de la mano, la obligaron a avanzar hasta el dormitorio.

Le costó un esfuerzo ímprobo rendirse a la evidencia. Pamela dormía apaciblemente, tapada hasta los hombros, y nada quedaba del desorden de la cama ni del horrendo ambiente de muerte que existió la última vez que estuvo en la habitación.

—¿Lo ves?

—¡Estaba muerta! —A la joven le era imposible concebir otra cosa—. Tenía los ojos fuera de órbitas y la lengua le pesaba…

Liza no podía apartar la mirada del rostro de su amiga: lo veía más terrible aún en su apariencia normal, que cuando la había dejado desfigurada por la agonía.

—¡Está viva, Liza!

—¡Pues estaba muerta, Adam!

Los dos salieron otra vez a la salita, y Adam Walker asumió el papel de médico.

Liza le contó lo que había pasado desde el momento en que la despertaron los continuos movimientos de Pamela, hasta que hizo la

llamada telefónica.

—¿Me aseguras que tenía un dogal en el cuello?

—Tan real que ella misma se lo quería quitar y lo agarraba con las manos. Tienes que mirárselas…

—Las tiene normales. Ni gota de sangre por ninguna parte… La reconocí por entero.

—¡No lo entiendo, Adam!

—¿Tocaste tú la cuerda?

—No me atreví.

—Pero ¿la viste al menos?

—Creo que sí… ¡No estoy segura! Era todo tan espantoso…

Adam creyó conveniente cambiar de conversación.

—¿Qué hicisteis anoche? —preguntó.

—Fuimos a la inauguración de la nueva discoteca de Bruce Monroe. Tú le conoces. Nos invitó a algunas chicas de los almacenes, dos por piso, y nosotras fuimos con el señor Tuppence.

—¿Vuestro jefe?

—Sí. Ya sabes que somos sus favoritas.

—Buen gusto tiene el viejo…

—Si te oyera… —rió Liza, algo más calmada—. Se las da todavía de conquistador, pero es muy simpático y por completo inofensivo. Así que tranquilo, Adam. Nadie te robará a Pamela…

Al mencionar a Pamela, una sombra cruzó por el rostro de la joven. Todavía estaban muy recientes los acontecimientos y cualquier frase era capaz de remover la reciente herida.

—¿Ocurrió algo fuera de lo normal? —se apresuró a preguntar Adam, sin dejar que se rompiera el clima de tranquilidad que habían conseguido.

—No. Bailamos, bebimos y nos reímos mucho. Todo el mundo estaba contento; no costaba ningún dinero permanecer allí y Monroe sabe hacer las cosas.

—¿Quién os acompañaba?

—Estuvimos con todos los amigos… Pamela bailó con Tom Lionel, con Bert Crawley, y con el jefe. Estaban en nuestra mesa. Yo también bailé con ellos y luego me dediqué a Harry.

—¿Aún te interesa ese hombre?

—Sí, Adam, No puedo olvidarlo…

Adam Walker conocía aquella parte de la historia de Liza.

Harry Neumann había sido novio de la joven durante un par de años; de repente decidió que sus relaciones no podían continuar. Que serían buenos amigos: pero nada más. A partir de ese momento, dejó de frecuentar su compañía, y apenas si se le veía en los lugares habituales.

Liza Graham no tuvo más remedio que aceptar la situación, pero al no mediar ninguna explicación convincente por parte de Harry, la joven no había dejado de mantener intactas sus esperanzas.

—¿Qué tal se portó?

—Bien… Cariñoso, agradable, muy atento conmigo, pero tan distante como en los últimos tiempos. No sé qué le pasa.

—Deberías olvidarlo, Liza. Por tu propio bien.

—No puedo. Le quiero todavía y me intriga su conducta.… Tú, que me conoces, ya te imaginarás que eso era lo peor que podía ocurrirme. Quiero saber por qué se ha apartado de mí, por qué fue todo tan de repente… Además, le veo sufrir. Ese continuo dolor suyo me tiene sobre ascuas.

—Tú sabrás lo que haces, Liza —intervino Adam, impaciente por saber algo más—. Vamos a continuar con lo más urgente ahora. ¿Qué bebió Pamela?

—*Whisky*, como siempre.

—¿Nada más?

—Sólo *whisky*.

—¿Comió algo?

—Pues sí, lo natural en una fiesta… Pequeños canapés y bocadillos de mil gustos; pero como todos comimos de las mismas fuentes, yo también tendría que estar mala, si es eso lo que te preocupa. Comí lo mismo que ella.

—Entonces, no me lo explico. Tú, como de costumbre, te dedicaste al agua, ¿no?

—Desde luego.

—¿Ni una gota de alcohol?

—No. ¿Acaso piensas que pueda ser yo la que ha tenido alucinaciones?

Liza, nada más decir esta frase, sintió un escalofrío por todo el cuerpo. No sé le había ocurrido ver los acontecimientos desde ese otro punto de vista.

—Tendrás que reconocer que ha podido suceder así…

—¡Dios mío! No quiero ni pensarlo. Pero…

Recordó la imagen del espejo, la imagen de aquella otra mujer.

—¿Qué ibas a decir? —insistió Adam.

—No, nada…

—Debes ser sincera conmigo, Liza.

—Es que no es nada, Adam. Son tonterías mías.

—Cuéntamelas.

Adam Walker sabía ser persuasivo cuando quería y tenía a su favor la práctica de cientos de entrevistas con enfermos mentales, que lo primero que hacen es no querer confiarse al médico.

Se retrepó en el sillón que ocupaba, dando a entender con su gesto que estaba dispuesto a escuchar, costase el tiempo que costase.

Tal seguridad contagió a Liza Graham.

—Es referente a Harry —empezó a decir la joven—. Siempre que estoy con él veo las cosas de forma tan distinta que luego me cuesta mucho adaptarme otra vez a la realidad. Con él todo parece maravilloso e increíble. Hoy, esta noche, me dijo que no le gustaba el ambiente de la sala de tiestas, que prefería estar conmigo en una isla desierta. A veces tiene ideas infantiles… El caso es que empezó a hablarme mirándome a los ojos, como él hace siempre, y a los pocos minutos, te lo juro, Adam, sentí que un aire fresco y salobre jugueteaba sobre mi cuerpo semidesnudo, y que suaves guitarras sonaban a mi alrededor. Harry estaba bronceado, guapo, atractivo… Nada quedaba de la sala de fiestas, ni de la música moderna que nos ensordecía momentos antes. Tenía la absoluta certeza de que en el mundo entero sólo estábamos nosotros dos, de que sus besos eran ardientes, y de que así sería siempre… Lo paso muy bien con Harry, pero a veces me asustan las cosas que hace conmigo…

—Eso es que te sugestionas en su compañía, Liza. No puedes dejar que la imaginación se te desboque.

—Ya me figuro que es pura sugestión. Pero si en vez de sentir sus caricias en una noche estrellada y solitaria de los trópicos, cuando la pura realidad es que estamos viviendo en pleno Londres, empiezo a sentir otras cosas…

—¿Te refieres a Pamela?

—¿Qué otra explicación puedes darme?

—La verdad es que ninguna. Mi opinión sobre lo de esta noche es que una de las dos habéis sufrido una terrible pesadilla.

—Me conformaré con eso yo también…

Liza estaba contenta porque no se había visto obligada a mencionar a la mujer reflejada en el espejo. Eso hubiera sido demasiado…

—¿Estás ya más tranquila?

—Sí. Puedes irte si quieres. Voy a darme una ducha y ni siquiera intentaré dormir. No merece la pena a la hora que es.

Adam Walker se marchó, después de echar un nuevo vistazo a Pamela. La joven seguía durmiendo tranquilamente.

Liza se metió en la ducha como había prometido y abrió el grifo.

Por simple rutina, levantó los ojos para mirar la campana agujereada por donde salía el agua; allí observó la gruesa cuerda de esparto.

Antes de que pudiera hacer el menor movimiento de huida, la soga se desprendió del tubo niquelado y cayó sobre ella, resbalando por su cara.

Liza Graham sintió los arañazos de aquel horror vivo mientras le alcanzaba el cuello.

Luego, sólo pudo gritar. Gritar desesperadamente mientras la cuerda ceñía en su garganta y la ahogaba.

Segundos más tarde, perdía el sentido y la vida.

Capítulo II

A las ocho en punto de la mañana se abrieron las puertas de los grandes almacenes Fleminger, con sus doce pisos dedicados al comercio.

El anciano señor Fleminger estaba en su despacho, según su veterana costumbre de los últimos cuarenta años. Toda la organización se hallaba dispuesta para una nueva jornada.

Oscar Tuppence había podido resolver provisionalmente la ausencia de sus dos mejores colaboradores en la sección de ropas confeccionadas para caballero, y se prometió a sí mismo esperar todavía media hora antes de dar parte de la falta al trabajo de las muchachas.

El jefe de piso se encontraba de muy buen humor aquella mañana y esto le hacía ser indulgente. Había pasado una magnífica velada la tarde anterior y, además, había logrado dormir toda la noche de un tirón.

—Con la señorita Pamela Morgan, por favor —dijo al teléfono, cuando al fin se decidió por llamar. No conocía la voz del hombre que le contestó al otro extremo del hilo, pero sintió que algo se le revolvía en el estómago.

—¿Quién es usted? —le preguntaron.

Estuvo a punto de decir de por qué maldita gracia le importaba quién fuese su interlocutor; sin embargo, lo pensó mejor.

—Soy el señor Tuppence —dijo en cambio—. De los almacenes Fleminger…

—¿Qué quiere?

—Saber si las señoritas Morgan y Graham van a venir a trabajar. Hoy es viernes y…

¡Por los cielos que no iba a dar tantas explicaciones! Y menos a un desconocido.

—¿Con quién hablo? —exigió con vehemencia.

Oyó un resto de conversación, como si alguien hubiese tapado el auricular con la mano. Le estaba cargando tanto misterio.

—¿Puede usted venir aquí? —le dijeron.

—Naturalmente que no puedo —repuso molesto—. Dígame primero quién es usted y qué hace en esa casa.

—No me conoce usted, señor Tuppence. Soy un amigo de Pamela Morgan. Me llamo Adam Walker.

—¿Por qué está usted al teléfono? Pídale a la señorita Morgan que se ponga ella.

—Soy médico, señor mío. La señorita a la que usted llama no puede atenderle. Se encuentra enferma.

Oscar Tuppence sintió que el mundo se derrumbaba a sus pies. ¡Otra vez debería enfrentarse sólo a su obsesión!

A duras penas pudo balbucear:

—Enferma… ¿Qué le pasa?

—No lo sé. Por eso sería conveniente que usted se acercase por aquí. Quizá estemos ante un caso de intoxicación. Y como usted estuvo ayer con las chicas…

—¿Y su amiga, la señorita Graham? ¿También se encuentra mal?

—Liza está peor.

—¿Las dos?

—Sí. Las dos. Venga usted, por favor.

El empleado de Fleminger sabía que se jugaba el puesto si abandonaba los almacenes en un día de la semana tan ocupado como el viernes, y que era inútil pedir permiso. Le sería denegado.

Por lo tanto, tomó su abrigo y salió sin avisar a nadie.

Media hora más tarde estaba en la salita del apartamento de las dos amigas y no podía creer lo que tenía ante sus ojos.

El cadáver de Liza Graham ocupaba el diván crema de dos plazas, tapado descuidadamente con la alfombra. Pamela continuaba en su cuarto, profundamente dormida, sin que nada fuese capaz de despertarla.

Había dos hombres con ellas.

—Yo soy el que ha hablado con usted —dijo el más joven—. Como le expliqué, soy médico y me llamo Adam Walker. Este amigo, al que usted ya conoce, es Tom Lionel, reportero del *Evening Star*. Le he avisado porque es íntimo de Liza y tiene más prácticas

que yo en casos de asesinato.

¡Asesinato!

Era ésa una palabra que Oscar Tuppence podía asociar con las cosas que les ocurren a los demás, pero nunca a él.

—¡Me dijeron que estaban intoxicadas! —murmuró.

—¿Qué esperaba que dijese por teléfono? ¡Mire usted!

Levantó Adam la alfombra que había sobre Liza, y Oscar Tuppence vio el cuerpo de la muchacha, blanco y rígido, con una cuerda de esparto que le daba dos vueltas a la garganta.

El recién llegado no pudo quitar los ojos de aquella doble argolla de muerte y se desplomó como un fardo.

—¡Vaya por Dios! —Exclamó Tom Lionel—. Le debimos haber avisado…

—Quería ver su reacción.

—Pues ahí la tienes. No lo ha resistido. —Lionel hablaba agachado sobre el desvanecido Oscar—. Reconozco que no es nada grato ver a Liza en semejante estado, pero un hombre debería soportar cosas así.

—Este tipo no habrá salido en su vida lejos de la protección de las cuatro paredes de su casa. Conozco a muchos como él… —Remachó Adam, sin intentar ocultar la antipatía que le inspiraba el jefe de Pamela.

Lograron reanimarle y lo que contó Tuppence fue una copia exacta de lo que Liza había relatado la noche pasada.

No era buscando en la fiesta dada por Bruce Monroe donde se hallaría una pista para aclarar aquella doble desgracia.

—¿Llamamos a la policía? —preguntó Tom Lionel.

—Todavía no. Espera un poco…

Adam Walker tenía presente el hecho increíble de que Liza había muerto en realidad igual que había visto, según ella, morir previamente a Pamela.

Sólo que de las dos, una estaba muerta, y la que debería estar muerta, estaba viva.

La vocación psicoanalista que llevaba dentro hacía que Adam se resistiera a poner aquel extraño caso en manos de la brigada de homicidios.

—Por mí no hay inconveniente —repuso Adam—. ¿Tú qué dices, Tom?

—Que haga lo que quiera. Ya hemos confirmado todo lo que sabíamos y no veo la necesidad de que se quede. Si tiene prisa…

Oscar Tuppence se puso trabajosamente en pie. Era un hombre ya entrado en años, con una edad que podía oscilar entre los cuarenta y los cincuenta, menudo, bajo, delgado, un poco calvo, pero con una atrayente personalidad que, en aquel instante, tenía destrozada por la impresión.

—Les llamaré más tarde… —anunció.

Cuando hubo salido del apartamento, Tom Lionel insistió en la conveniencia de poner en manos de la policía lo que allí estaba ocurriendo.

Nada más empezar a hablar, se quedó mudo de asombro mirando al sofá donde descansaba el cuerpo de Liza.

¡La mujer se movía bajo la alfombra!

Señaló con el dedo el sitio preciso, incapaz de articular palabra.

Adam Walker tardó en darse cuenta del terror de su amigo y de cuál era la causa que se lo provocaba, pues sólo se apreciaba movimiento en el lugar correspondiente a la parte alta del cadáver.

Los dos hombres quedaron momentáneamente paralizados.

¡Algo muy grande se estaba hinchando alrededor de la cara de Liza!

Tan grande, que la alfombra acabó por descorrerse y caer al suelo.

Entonces lo vieron…

¡La soga se soltaba por sí sola del cuello de la joven estrangulada!

Al convertirse las dos vueltas en una, el círculo de esparto aumentaba de tamaño, produciendo el terrible abultamiento inicial.

Adam Walker y Tom Lionel habían saltado de sus asientos, apartándose del sofá. Ahora dudaban en abandonar la protección que les ofrecía la distancia.

Se miraron.

A plena luz del día, en un saloncito acogedor y claro, con sendos vasos de licor en la mano, aquello no podía ser cierto.

—¡Maldita cuerda, Adam! —Musitó Tom—. ¡Tiene vida propia!

—¡No digas tonterías! Es a nosotros a quienes nos está ocurriendo algo… ¡Una soga no se mueve en ninguna circunstancia! ¡Cierra los ojos!

La mente científica del doctor Walker no podía aceptar la evidencia que se presentaba a sus sentidos.

Los dos hombres apartaron la atención del cuerpo de Liza, uno dándose la vuelta y otro, Adam, forzando una violenta concentración interior.

Ambos se daban cuenta de una manera subconsciente que estaban siendo juguetes de fuerzas incomprensibles, que emanaban de algún oculto rincón de aquella casa.

—¡Adam! ¡Está ahora en el suelo! ¡Viene hacia mí!

Tom Lionel había sido el primero en dejarse vencer por la curiosidad. Su exclamación era la exacta referencia de lo que ocurría.

—¡Apártate! —Ordenó Adam—. ¡No dejes que te alcance!

El aviso llegó tarde, ya que una violenta contorsión del esparto atrapó a Lionel por un tobillo.

—¡Quítame esto! —gritó Tom, aterrado.

La soga latigueó con furia y fue capaz de sujetar la otra pierna de su víctima.

Tom Lionel cayó al suelo retorciéndose como un animal en la trampa, agarrado a la estantería de los libros, que se le vino encima con estrépito.

Desapareció de momento bajo los estantes y los desparramados tomos; únicamente se oían sus airadas peticiones de auxilio.

—¡No te muevas! —exigió Adam—. ¡Que no pueda aprovechar tus contorsiones para subir hasta el cuello! ¡Estáte quieto!

Con todos los músculos en tensión, Adam se dispuso a apartar la estantería del cuerpo de su amigo.

Lo logró tras ímprobos esfuerzos. Siguió repartiendo manotazos hasta despejar de libros y revistas un amplio espacio.

Al mismo tiempo, notaba que la cabeza le podía estallar de un momento a otro, al verse obligado a aceptar la evidencia de que su lucha iba dirigida contra un increíble trozo de esparto. ¡No se podía alargar demasiado aquella locura!

Tom Lionel apareció pálido como la cera. Se mantenía inmóvil, obediente a los consejos de Adam, gracias a un poderoso esfuerzo de su voluntad.

La soga le rodeaba ya la cintura.

Adam probó con su navaja y no pudo vencer la dura

consistencia del material. Desesperado, intentó hacerla arder con la llama del encendedor, pero sólo consiguió chamuscar el vello de la superficie exterior de la cuerda.

¡Nada era capaz de detener su avance!

Las manos le ardían por el esfuerzo y corrió un segundo al cuarto de baño para refrescárselas con un poco de agua.

—¿Quién anda ahí? —Oyó que decía la voz asustada de Pamela desde el dormitorio.

¡Lo que faltaba! ¡Que la joven despertase en aquel momento tan inoportuno!

Volviendo a toda velocidad donde aguardaba Tom, dijo:

—¡Soy yo, Pamela! ¡Adam! ¡No te levantes aún! ¡Quédate en la cama!

—¿Qué pasa?

—¡No pasa nada! —Gritó impaciente el joven—. ¡Tú no te muevas de tu cuarto!

Estaba tirando otra vez con la máxima energía de la cuerda, ayudado por Tom, cuando ambos notaron con sorpresa que la presión cedía perceptiblemente.

—Sigue, Adam… —Había esperanza en el tono de Lionel—. ¡Sigue tirando! ¡Noto que se afloja!

Adam Walker también apreciaba la diferencia. ¡Un factor desconocido había entrado en juego!

Su acostumbrada rapidez de pensamiento le ofreció una doble alternativa. La cuerda había perdido su maligno poder, bien fuese por el despertar de Pamela, o porque sus manos estaban ahora mojadas con agua.

Eran los dos únicos fenómenos extraños que habían coincidido en contados segundos, casi simultáneamente.

—¡Pamela, no te vuelvas a dormir! —Mandó Adam, al tiempo que se incorporaba—. ¡Mantente despierta a toda costa! ¡Me oyes, Pamela!

Adam corrió entonces al lavabo, pero se tropezó con la muchacha que no le había obedecido y entraba en el saloncito mientras se abrochaba una bata.

Adam la sujetó por la cintura y la arrastró hasta el cuarto de baño.

—¡No salgas de aquí, Pam! ¡Por nada del mundo te muevas

hasta que ye mismo venga a buscarte!

—Pero es que yo… ¿Dónde está Liza? Quiero saber qué está sucediendo.

No era momento para andarse con contemplaciones. La vida de Tom pendía de una única posibilidad y era necesario aprovecharla.

Adam zarandeó violentamente a Pamela y cuando vio que ésta volvía a insistir, levantó la mano y le propinó una sonora bofetada.

—¡Tú harás lo que yo te diga! —ordenó tajante.

Pamela se refugió en un rincón, sin poder comprender la reacción de su amigo. Adam supo que había conseguido el tiempo suficiente para intentar la segunda de las posibilidades.

No encontrando en su prisa otra cosa más apropiada que una jabonera, la llenó de agua y volvió al lado de Tom.

Derramó el líquido sobre la soga y casi suspiró de alivio al comprobar que su presentimiento se veía confirmado en toda la línea.

La cuerda cedía por completo en la parte empapada, tomando un aspecto lacio, feo y sin fuerza.

Dos viajes más en busca de agua consiguieron liberar por completo a Tom Lionel, que al fin pudo levantarse dejando a sus pies un inofensivo trozo de esparto mojado.

—¡Lo hemos logrado! —dijo Adam, al tiempo que abrazaba a su compañero.

Tom apenas podía hablar.

—¿Cómo es posible que ocurran cosas así? —murmuró—. Aún no lo entiendo, Adam. Estuve a punto de morir. No podíamos con ella…

En aquel momento entró Pamela en la habitación y, después de extrañarse del terrible desorden que imperaba en todas partes, acabó por descubrir el cuerpo destapado y muerto de Liza Graham.

Su alarido distrajo a los dos hombres. Pamela se había abrazado al cadáver de su amiga. Entre los dos la desprendieron.

Cuando lograron calmarla y quisieron que se sentara en uno de los sillones, fue cuando se llevaron la segunda gran sorpresa de la mañana.

—¿Dónde está? —exclamó Tom.

—¡Tenemos que buscarla! —Dijo Adam—. Puede volver a atacar de improviso. ¡Es preciso destruirla!

¡La cuerda no aparecía por ninguna parte!

Con un sentimiento rayano en el terror empezaron los dos hombres a remover libros y muebles, usando para ello los extremos de un par de paraguas largos.

Estaban ya dispuestos a abandonar la búsqueda, desesperados por no encontrar nada, cuando sonó el timbre de la puerta.

—¡Han llamado! —gritó Pamela.

—¿Quién podrá ser?

Adam y Tom se miraron asustados.

Si les sorprendían en aquella situación, con la casa destrozada, una mujer muerta por estrangulación, otra al borde de la histeria, y a ellos mismos con todas las ropas en desorden y rotas, no iba a ser fácil dar explicaciones.

Antes de que tomaran ninguna decisión, volvió a sonar el timbre y oyeron la voz de Oscar Tuppence, que les avisaba de su presencia.

Adam abrió con un suspiro de alivio y dejó pasar a un hombre con cara de enfermo, agotado por el sufrimiento, ansioso hasta la desesperación, que se dejó caer en una silla tendiendo una mano hacia Pamela.

—¡Menos mal que llego a tiempo! —dijo.

CAPÍTULO III

Oscar Tuppence había logrado zafarse de todas las asechanzas que le proporcionó aquel viernes, día 10 de mayo. Marchaba a buen paso por la calle.

Quería llegar al establecimiento de Bruce Monroe antes de que el ambiente de la noche se recargase demasiado.

Pensaba que, debido a la novedad, el local estaría lleno de caras desconocidas, cosa que por un lado le interesaba, pues más tarde harían su aparición las pandillas de gente joven y ruidosa, que terminarían por arruinar sus posibilidades de éxito.

Tenía prisa, ya que a su edad era necesario andarse Con mucho tiento.

El señor Fleminger le había llamado dos veces a su despacho durante las horas de trabajo y siempre dio la casualidad de encontrarlo en su puesto. Por lo tanto, habían pasado desapercibidas las ocasiones en que estuvo en casa de Pamela.

Como tampoco se hallaba en el apartamento cuando llegó la policía, no fue molestado por ésta. Además, Adam y Tom le prometieron no mezclar su nombre en el asunto mientras les fuera posible.

Había tenido suerte.

Ahora sólo faltaba que continuase la racha y pudiera encontrar compañía.

Necesitaba únicamente alguien con quien charlar, en un lugar tranquilo, el tiempo suficiente para poder transferirle su angustia. Y poder dormir…

Entró en la sala de fiestas de Bruce Monroe y no supo adónde encaminar sus pasos. Era de esos hombres a los que les gusta tener un sitio preferido y que son fieles a él en toda ocasión. En casos como el presente, en que la reciente inauguración del local no le

había permitido aún hallarse a gusto en ningún rincón, se encontraba como perdido.

Se acercó a la barra, buscando uno de los extremos más concurridos, y no quiso ni esperar ni elegir.

—Buenas noches —saludó a la joven que estaba a su lado—. ¿Me permite que le ofrezca una copa?

La mujer rubia y elegante se volvió al hombre que la interpelaba. No le gustó demasiado la traza que tenía, pero tampoco ella estaba dispuesta a hacer demasiados remilgos.

—Estoy ya bebiendo, encanto…

—Puedo pagar su consumición…

—Eso está ya mejor. ¿Qué tomas tú?

—Cerveza —contestó Tuppence.

—¡Oh, no! Me pareció otra cosa… ¿Me dejas pedir un *whisky*?

—Sí. ¿Cómo te llamas?

—Molly. ¿Y tú?

—Oscar.

Se dieron la mano.

A Tuppence no le gustaban estos momentos iniciales de conquistador profesional, pues le reventaba que lo confundiesen con un vulgar hombre aburrido que va a tontas y a locas en busca de una aventura. Pero no tenía remedio. Había que pasar por ello.

—¿Vienes mucho por aquí? —preguntó la rubia.

—Desde que se abrió, todos los días. Me gusta… —repuso Tuppence, pensando que aquella mujer era idiota. A fuerza de utilizar siempre las mismas frases, no se acordaba de que estaban en un lugar inaugurado la víspera.

—Yo es la primera vez que vengo —siguió la joven—. Me encanta el decorado. Es divino…

—Sí que es bonito, Molly, preciosa…

—Vas aprisa, ¡eh!

—¿Te molesta?

—No. Me gustan las cosas rápidas.

—Según y qué… —Había malicia en Tuppence.

—Ya me entiendes… —rió fuerte Molly.

—¿Salimos? Te invito a cenar.

—Pero, luego…

—Sí, mujer, sí. No vas a perder la noche…

—Ya sabes que es preferible hablarlo antes. ¿No te habrás enfadado?

—No. Anda, termina el *whisky* y vámonos.

Oscar Tuppence sentía dentro de sí una alegría que le llenaba todas las fibras de su ser. Hubiera dado saltos de contento. Si las cosas se desarrollaban bien, podría ser aquélla otra noche en la que descansaría tranquilo.

Estaba esperando que le devolvieran el cambio de un billete grande, cuando un tipo enorme se interpuso entre Molly y él.

—¿Qué haces aquí? —Se dirigió a la joven.

—¡Hola, Glenn! ¿Cómo me has encontrado? No te hacía en Londres…

—Pues ya ves que estoy en Londres, y a tiempo, me parece… ¡Ven conmigo!

—¿De verdad quieres que vaya contigo? —Había un profundo tono de ilusión en la pregunta de la mujer—. Ahora mismo, Glenn, mi vida…

Antes de que Tuppence pudiera intervenir, sintió que le cogían la mano, se la zarandeaban en un gesto de despedida y le decían «gracias», «adiós», «ha sido un placer».

Luego, se quedó solo.

Le empezó a temblar todo el cuerpo y pidió que le sirvieran de nueve. Pero ahora quiso tomar alcohol y se despachó dos *brandys* seguidos.

Notaba cómo se le estaban desmoronando sus propósitos eufóricos de conseguir rápidamente lo que necesitaba.

¡Quería compañía!

¡Era preciso encontrarla!

Dentro de un par de horas estaría sufriendo las penas del infierno a causa de la soga de esparto, y para entonces resultaba imperioso que hubiese hallado una persona a quien transferirle el tormento.

No era sencillo tropezarse con una mujer que tuviese la sensibilidad suficiente para cargar con semejante castigo y le quedaba poco tiempo.

¡Si pudiese utilizar otra vez a Pamela!

Pero el desastre se había producido al no contar con la inesperada presencia de Liza en condiciones de convivencia tan

próximas. ¿Cómo podía saberlo él?

A Pamela nunca le hubiera ocurrido nada. Era una muchacha que tenía el justo equilibrio entre la fuerza y la debilidad. Débil para poder sentir la cuerda; fuerte para vencer su maldad después de haberse creído morir.

¡Liza y aquel imbécil de Harry Neumann!

Bien, la desgracia había estallado implacable.

La cuerda pasó a ser algo real durante unas horas y a punto estuvo de ocasionar dos muertes. No se pudo evitar la primera, pero él había llegado a tiempo de conjurar la segunda y anular el poder de la soga cuando era imposible averiguar su escondite en el piso de Pamela.

Ahora, Tuppence la llevaba encima, como siempre, esperando a la noche.

Había salvado a Tom Lionel, pero a costa de tener que cargar de nuevo con la terrible pesadilla de ser él el eterno objetivo de aquel tormento increíble.

Estaba sudando de terror y de lástima de sí mismo, cuando otra mujer joven se sentó a su lado.

Oscar Tuppence la miró con ojos de ansia desesperada, y la recién llegada se equivocó de pleno.

—¡Hola! —dijo—. ¿Esperas a alguien?

—¡Sí! ¡Te estaba esperando a ti! —soltó Tuppence descompuesto y loco.

—Hijo, qué fuerte te ha dado... —Había una mueca de suficiencia en la mujer—. Aún no sabes quién soy.

—Eso no importa nada.

—A mí sí me importa.

—Dime, pues, quién eres. —Tuppence se ahogaba de temor y el *brandy* ingerido le estaba haciendo efecto.

—Lo primero, una chica decente que no admite miradas como la tuya, y lo segundo, una mujer que sabe lo que quiere...

—¡Qué quieres! —exigió Tuppence.

Algo en la expresión de la mujer, previno a Oscar del golpe.

—Un hombre joven...

Tuppence estuvo a punto de no poder contenerse y golpear aquella cara. Tiró con furia desenfrenada el vaso contra el suelo y se levantó. El alto taburete en el que estaba sentado cayó también, y

durante unos instantes acaparó la atención de todo el mundo.

Bruce Monroe pareció surgir de la nada.

—Señor Tuppence… —dijo—. ¿Qué le pasa?

—Es… es… —No podía ni hablar—. ¡No me pasa nada!

—¿Le han molestado?

—¡No!

—Si ha sido esta mujer…

—¡Le he dicho que no!

Al ver que el hombrecillo era amigo del dueño, la joven se escabulló sin hacer ruido.

Monroe quiso ayudar a Oscar, pero éste vio que aquella noche sería ya vigilado por mil ojos, y no aceptó quedarse.

Se fue sin ni siquiera pagar su última consumición y nadie se lo recordó. Era un hombre que siempre acababa por volver.

Oscar Tuppence no sintió el aire fresco de la noche, ni la niebla que empezaba a caer sobre Londres.

Ciego a todo lo que no fuese el terror a su obsesión y a su reciente ridículo, se lanzó a caminar entre calles.

No podría decir cuánto tiempo llevaba andando, cuando la cristalera de un bar de las afueras reclamó su atención. Miró dentro y vio a varias mujeres acodadas a un largo mostrador.

Entró como un trastornado y se colocó entre ellas.

—¿Qué le sirvo?

—Un *brandy*.

—¿Alguna marca?

—¡Doble! —gritó.

Oyó comentarios femeninos y risas a ambos lados.

Se atrevió a mirar en las dos direcciones y sólo vio caras viejas, rostros pintarrajeados, vestidos cortos por arriba y por abajo, colores chillones y ojos cansados.

¡Una de aquéllas, aunque sólo fuera una de aquéllas!

—¡Pues no tiene jeta el viejo, meterse aquí!

—¿Le cabrá un doble de *brandy* a este enano?

—¡Si lo cojo yo por mi cuenta, no me dura ni un minuto!

Todas las frases hirientes que oía a su alrededor eran seguidas de carcajadas vacías y sarcásticas, donde el humor brillaba por su ausencia. Sabía que se estaban burlando de él, pero eso era lo de menos.

Metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de billetes. También él tenía sus recursos para tratar con aquella gentuza.

Hubo un revuelo de faldas y se vio rodeado de arpías.

Una le empujó por detrás, otra le metió el bolso en los riñones, dos o tres manos le llegaron a la cara, y los pellizcos en todo el cuerpo fueron fuertes y crueles.

En un momento dado se encontró con los labios tapados por una boca grande y roja. Un tirón a los billetes le obligó a soltarlos.

Acto seguido se inició a su alrededor una bronca con gritos, amenazas, juramentos y procacidades de todo género, en la que los arañazos y los tirones de pelo llevaban la voz cantante.

Un par de chulos pusieron orden a silletazos entre las mujeres y exigieron el botín. Se reprodujeron los lamentos y los alaridos y Oscar Tuppence se quedó solo, llorando de rabia, apoyado en el mostrador.

Una fuerte mano le golpeó en el hombro:

—¡Fuera!

—Yo estoy aquí y…

—¡He dicho que fuera!

Cogido por el cuello del abrigo lo llevaron en volandas hasta la calle. Antes de salir, alguien le arrancó el sombrero.

La puerta se cerró a sus espaldas y Oscar Tuppence tardó en levantarse de la acera.

Le dolían las rodillas. Lágrimas de impotencia y asco de sí mismo resbalaban por sus mejillas.

¡Nunca hubiera creído posible caer tan bajo!

¡Nunca hasta hoy, el deseo de repetir la experiencia con Pamela le había despojado de todo sentido de dignidad!

En toda su vida, jamás había logrado pasar una noche sin la soga de esparto, y la sensación de libertad saboreada la noche pasada le hacía enloquecer, le impedía pensar, le transportaba a otros mundos…

¡Necesitaba una mujer como Pamela!

Había perdido la noción de dónde estaba, siguió su camino a ciegas.

Un coche se le vino encima saliendo de la espesa niebla. Saltó y se refugió en un portal. Maldijo con violencia a los que conducían en semejantes condiciones, sin preocuparse de disminuir la

velocidad. ¡Ese hijo de perra había estado a punto de matarlo!

—Tiene usted mucha razón, señor. Yo misma lo vi…

Oscar Tuppence dio un respingo. Del fondo oscuro del portal le llegó la voz femenina.

—¿Me estuvo escuchando? —recordaba la calidad de sus juramentos.

—Sí, señor. Pero no se preocupe… —Era una voz juvenil, fresca, limpia, incluso alegre—. Mi padre los suelta peores…

—Siento mucho que me haya oído… Estuvo a punto de atropellarme…

—Ya le digo que no tiene importancia, señor.

Era inútil escudriñar las tinieblas.

—¿Cómo está usted aquí? —preguntó Tuppence.

—Es que se fue la luz, señor. Salí a ver si en la calle había ocurrido lo mismo… Yo soy la hija de los porteros.

—Pues me ha dado un buen susto…

—Usted también a mí.

Tuppence sintió la caricia de aquella voz y pensó tener el cielo abierto. ¿Y si después de tanto buscar era allí donde estaba la mujer apropiada?

—He debido darme un buen golpe —dijo, buscando un pretexto para no tener que marcharse—. Hay que ver cómo me está doliendo esta rodilla…

Era el desesperado juego astuto de las medias verdades y las medias mentiras.

—¿Quiere usted pasar? Enciendo una vela y se sienta un rato. Mientras la luz vuelve, usted descansa, y hasta es posible que se levante la niebla…

—Sería mucha molestia…

—¡Qué va, señor! Estoy siempre tan sola…

Tuppence sintió un vuelco en el corazón.

—Si usted insiste… —dijo.

Supo que se había quedado momentáneamente solo por el movimiento de aire frío que le rozó la cara.

Instantes más tarde, creyó descubrir un tenue resplandor de luz en el fondo oscuro del portal.

Pronto tuvo ante sí una mancha difusa.

Le costó trabajo interpretar que estaba viendo la cara pálida y

delicada de una joven, casi una niña, enmarcada por la luz de una vela dentro de la oscuridad del portal.

—Ya puede pasar…

Oscar Tuppence se dirigió hacia las tinieblas.

—Tenga cuidado, señor…

Siguiendo a la cara, penetró en un pequeño cuartito donde había una mesa redonda y algunas sillas. No se apreciaban los demás detalles. La luz de la vela no daba para tanto.

—Siéntese aquí.

Tuppence obedeció.

—¿Cómo te llamas, pequeña? —dijo.

—Pat, señor.

—Me da la impresión de que eres muy joven.

—Tengo veinte años, señor. Pero ya sé que no los represento.

—Llámame Oscar, ¿quieres?

—Sí, señor Oscar…

Había un mágico encanto en aquel pronunciar de dos sílabas: Oscar… Tuppence sintió el bálsamo de aquella tenue adoración y se llevó los dedos a los ojos. Todo resultaba un relajamiento inesperado y suave, como un aliento de paz tras los angustiosos acontecimientos del día.

—Sin el señor… —musitó.

—Como usted mande, Oscar…

Otra vez la caricia.

—¿Dónde están tus padres?

—Han ido a un entierro en el pueblo. Se ha muerto la abuela de mamá…

—Tendría que ser ya mayor, ¿eh, Pat? ¿Cuántos años tenía?

—No lo sé, Oscar.

—¿Cuándo vuelven?

—Dijeron que pasado mañana.

¡Pasado mañana! ¡Hoy no vendría nadie!

—¿Y te han dejado sola?

—Tengo que cuidar de la casa.

—¿Te da mucho trabajo?

—No, Oscar. No hay vecinos.

—¿Por qué dices que no hay vecinos…?

—Se han ido muriendo.

—¿Todos?

—Sí.

Oscar Tuppence no pudo remediar que un escalofrío de terror le atravesase el cuerpo. La conversación con la joven, cada vez con frases más cortas, iba tomando un carácter siniestro.

Parecía que los dos, hombre y mujer, se buscaran desesperadamente, sin reparar en medios, pero con dos finalidades diametralmente opuestas.

A Tuppence se le ocurrió una pregunta extraña, influido por el ambiente. Sin darse cuenta ya la había inquirido:

—¿Cuándo se fueron tus padres, Pat?

—Hace más de cien años, Oscar.

El señor Tuppence dio un salto aterrado. Su pavor aumentó cuando notó que su cabeza se introducía dentro una masa blanda de telarañas frías y pegajosas.

¡Qué era aquello!

—Siéntese, Oscar…

—¿Qué tienes en el techo, Pat?

—Está bien así.

—Pero si acabábamos de entrar en un cuarto muy aseado…

—Sí, Oscar. Suelo arreglar la habitación cuando alguien viene a visitarme. Pero dura poco. Ahora todo está como está siempre…

—¿Dónde me has metido, Pat?

—En mi casa.

—¡Qué diablos de tonterías dices! —Tuppence empezaba a sentirse mal—. ¡No veo las paredes!

—Mi casa es así, Oscar. Nadie más que yo la cuida desde que todos murieron.

—¿Quién eres?

—La hija de los porteros.

—Digo, ¿qué eres? —Ahora había ya verdadero miedo en la voz de Tuppence—. ¿Qué estás haciéndome?

—Sólo te hablo y te escucho, Oscar —el tono de Pat era tan suave y dulce como al principio, pero mucho más familiar, posesivo—. No sé por qué, pero únicamente me es permitido estar contigo y me gusta mucho tu compañía. Llevo tanto tiempo sola…

—Pero ¿por qué estás tan sola, Pat?

—A mí no me enterraron, Oscar. Se olvidaron de mí. Todos se

fueron y me dejaron aquí. Muerta en esta silla…

Oscar Tuppence creyó no poder resistir más aquel ambiente de loca irrealidad.

—¿Te estás burlando de mí?

—¿Yo? Jamás me burlaría de un amigo como tú. ¡Mira!

La llama de la diminuta vela se acercó a la cara de Pat. Oscar Tuppence notó que el inundo se derrumbaba a sus pies al ver aquella pequeña y blanca calavera en la que brillaban, sonrientes y dulces, unos ojos de mujer.

CAPÍTULO IV

Adam Walker, Tom Lionel y Harry Neumann llevaban un rato charlando en el estudio de éste último.

Los trámites con la policía habían sido lentos, pero a media tarde los habían dejado en libertad.

Sus explicaciones sobre lo sucedido no habían logrado convencer al teniente Crawley, ya que por sí mismas eran incapaces de convencer a nadie; pero no los habían retenido por ser demasiado conocidos en el mundillo de los defensores del orden.

Tom Lionel llevaba muchos años colaborando desde su periódico con Scotland Yard, y a Adam Walker se le había llamado varias veces para testificar como profesional de la medicina en algunos casos difíciles.

Estaban por encima de toda sospecha. Ello les proporcionaba indudables ventajas.

Nada más despedirse del teniente Crawley, se habían dirigido a casa de Harry Neumann.

Harry vivía en un ático en el centro de Londres; allí tenía montado su gabinete de escritor.

—No puedo creerlo —dijo al término de la historia—. ¡Liza muerta! Hay cosas que escapan a mí capacidad de comprensión.

—No pensamos que lo entiendas, Harry —remachó Adam—. Lo que queremos es que nos creas y nos ayudes.

—¿Cuándo podré ver a Liza?

—Cuando quieras. Está en manos del forense. Pero te acompañaremos… —se ofreció Tom Lionel.

—¿Sufrió mucho?

—Te aseguro que no —mintió Adam—. No le dio tiempo a enterarse de nada.

—Y vosotros venís a que os diga qué pasó entre Liza y yo…

—Desde luego, Harry —aseveró Adam—. Ahora no puedes conservar el secreto. La chica está muerta y necesitamos saberlo todo.

—Lo que yo os pueda decir no tiene nada que ver con su muerte…

—Eso lo juzgaremos entre las tres, Harry, muchacho. Y espero que no te parezca mal —insistió Tom Lionel.

—No es ella la que me preocupa… Si hay algún problema, es ciertamente mío.

—Dinos qué pasó…

Los tres hombres se hallaban sentados en el tresillo colocado bajo el ventanal. Harry Neumann se inclinó un poco más hacia adelante, cruzó las piernas y escondió sus manos bajo el chaleco de punto.

—Yo quería mucho a Liza —afirmó—. Vosotros lo sabíais. Tenía intención de casarme con ella, aunque jamás se lo llegué a decir. Pero el año pasado empezaron a torcerse las cosas. Se murió mi padre y heredé todas las casas de la calle Muirland…

* * *

—«… Y eso es todo, señor Neumann. Aquí termina el testamento de su padre. Es usted dueño de cuarenta mil libras en efectivo, una casa solariega en el campo, y toda la acera derecha de la calle Muirland. Entiendo que se puede usted considerar un hombre rico…

Harry era el único hijo del anciano *sir* Charles Neumann, y por tanto, estaba solo ante el notario.

—Jamás oí hablar de esa calle… —dijo.

—Es una zona muy antigua, al sur de la ciudad, señor Neumann. Su padre la heredó hace unos veinte años de su hermano Robert, que a su vez la consiguió por herencia de su mujer. Ya no puedo remontarme más atrás… Es un grupo de viejos edificios donde hace un siglo se reunía lo mejorcito de nuestra sociedad. Hoy está en ruinas y totalmente abandonadas, pero los solares valen una fortuna.

—¿Por qué no los vendió mi padre?

—No quiso. Siempre dijo que él no se desprendería de aquello jamás. Usted tampoco puede realizar la venta hasta que hayan transcurrido cinco años a partir de este momento. Es condición

tajante de su señor padre. Luego, puede hacer con esas propiedades lo que le venga en gana.

—Estuve atento a la lectura… —cortó impaciente Harry—. ¿Sabe usted qué razones tuvo mi padre para imponer esa condición?

—No, señor Neumann. Pero en una ocasión le oí murmurar algo así como que si usted las visita, ya veríamos de dónde sacaba la fuerza necesaria…

—Necesaria, ¿para qué?

—Para venderlas, me supongo.

—¿Qué tienen?

—Nunca las he visto. He sentido curiosidad muchas veces, pero ya sabe usted… Un día por otro…

—Cinco años… —dijo Harry más bien para sí que para ser escuchado.

—Sí, cinco años…

Quedé intrigado por aquella entrevista con el albacea de mi padre, y a los dos meses de entrar en posesión del total de los bienes, una tarde me decidí echar un vistazo a la calle Muirland.

La encontré, como una de tantas, de la parte más antigua y desconocida de Londres.

Todos los edificios que le pertenecían estaban descuidados, se desmoronaban aplastados por el tiempo. Salvo una casa, todas las demás estaban deshabitadas.

Si quería saber algo, era preciso encontrar a aquellos inquilinos.

No tuve que esforzarme mucho, pues enseguida vi a una muchacha que tomaba el aire sentada en una silla baja de mimbre, casi en medio de la acera.

—Buenos días —saludé.

—Buenos sean también para usted, señor.

—¿Vive usted por aquí?

—Sí, señor.

—Entonces quisiera, a ser posible, que me informara de algunas cosas, señorita. Deberá perdonar mi atrevimiento. Me llamó Harry Neumann y soy el nuevo dueño de estas casas…

En el ademán con que acompañé estas palabras, se traslucía la timidez propia de quien se avergüenza de confesar la posesión de algo por lo que no ha hecho ningún esfuerzo.

Los ojos de la chica, fijos en mí, tampoco ayudaron.

—¡Cuánto me alegro de conocerle, señor! —respondió ella—. Mis padres se pondrán muy contentos cuando sepan que ha venido el amo…

¡Dios! Aquello lo hacía todo más difícil.

—No quisiera molestarla…

—¡Si estoy encantada, señor! Me llamo Pat.

—Muy bien, Pat. Me dijeron que aquí encontraría a alguien y veo que es verdad…

—¿Quién se lo dijo?

—Un amigo mío, un notario…

—¿Cuándo se lo dijo?

—Hace un par de meses…

—¡No puede ser!

La joven estaba pálida hasta un límite insospechado. Algo la tenía terriblemente asustada.

—Sí, Pat —insistí con cuidado—. Él fue quien me dijo que aquí aún vivía gente.

—Bueno… ¡Le creo a usted! ¿Qué quiere saber?

Pat sonreía ahora tan luminosa y bella, que la calle entera parecía inundada de hoz.

Desconcertante muchacha, me dije para mis adentros, impresionado por aquellos cambios repentinos. Sin embargo, no olvide que estaba allí con un propósito definido.

—¿Podré hablar con su padre? —pregunté—. Quizá lleguemos a un acuerdo…

—No está.

—¿Tardará mucho en volver?

—No lo sé.

—¿Le puede dar usted un recado de mi parte?

—¡Oh! Eso sí…

—Bien, entonces…

De repente me encontré sin decir nada más que decir. No obstante, pensé que me gustaba estar allí, en aquella acera, rodeado de misterio y de paz, en compañía de una muchacha que era la encarnación viva de la femineidad.

Lo demás no tenía importancia.

Pero tenía que irme…

—¿No quiere usted conocer mi casa?

—No, Pat. Bastante la he molestado ya…

—Mi padre se enfadará conmigo, si sabe que ha vuelto el amo y no le he ofrecido todo lo que tenemos. Pase…, por favor.

Pat se había levantado y su figura resultaba espléndida. Tenía un cuerpo joven, esbelto y duro, y emanaba de ella esa condición extraña que algunas mujeres poseen, y que consiste en parecer dispuestas a entregarse a la primera palabra amable que oyen.

Yo me sentí prendido en su encanto y decidí que podía impunemente perder una hora de mi tiempo. Acepté.

En la habitación acogedora y alegre en que entramos, la conversación pronto adquirió un carácter más íntimo y personal.

—¿No tiene usted amigos, Pat?

—No, señor. Vivo sola. Esta calle está muy apartada.

—¿Qué hace?

—Espero.

—Usted es un enigma para mí. ¿Qué espera?

—Días como éste.

—¿Por qué como éste?

—Vienen personas maravillosas y yo las conozco.

—¿Le parezco yo eso que dice?

—Usted sí, señor. Usted es maravilloso para mí.

—¿Por qué?

—Es fuerte, guapo, grande, está vivo…, sabe sonreír.

Harry Neumann estaba recibiendo un tratamiento al que pocos hombres son capaces de resistir.

—También usted es algo distinto a lo que yo he conocido —tartamudeó confuso y encantado, sin saber bien qué decir.

—¿Por qué? —Pat le estaba pagando en la misma moneda, y Neumann se encontró de repente con miles de cosas que expresar.

—A su lado se sienten anhelos desconocidos —dijo—. Fíjese, Pat… Yo tengo una gran imaginación y usted me la estimula. Aquí, estando cerca de usted, pienso que el tiempo se ha detenido, que hace años que todo está quieto, que usted me ha estado esperando siempre, que yo he llegado a mi meta. No sé cuál pueda ser ésta, pero sé con certeza que he terminado de buscar, de preocuparme, de luchar… Aquí estoy en mi sitio y aquí me gustaría quedarme para una eternidad… Sé que son tonterías, pero…

—¡No son tonterías, señor! ¡Todo es verdad! Yo he sentido lo

mismo desde que le vi…

—¿Es cierto? ¿No será el eco de mis propias palabras lo que usted percibe?

—Eco de palabras… —Había un gran dolor en Pat—. ¡Qué pobre concepto tiene de mí…! Usted me ha dado la mayor felicidad que nunca tuve a mi alcance, señor.

Una de las manos de la joven se ofreció por encima de la mesa. Harry Neumann la tomó entre las suyas y supo que jamás podría abandonarla.

Aquella velada fue muy larga, y todas las que después siguieron.

Los padres de Pat no llegaban nunca. Y tras las tardes, vinieron los días enteros; y luego, las noches».

* * *

«… El resultado es que me enamoré como un idiota de aquella criatura solitaria. Si no era amor, era otra cosa, no os lo voy a discutir, pero terminé por no poder pensar en una vida en la que ella no estuviese presente».

—¿Nunca le hablaste de esto a Liza? —preguntó Adam Walker.

—No. Por un lado, era muy penoso para mí; y por otro, no estaba seguro de nada. Lo de Pat, a veces, era un sueño que sólo duraba en aquella calle. Cuando volvía a la realidad de Londres, de mi trabajo, de vosotros, yo mismo comprendía que había algo irreal en todo aquello. ¿Pero qué? ¿Esta vida, o la de Pat en aquel barrio en ruinas?

—¿Cuánto tiempo hace que la conoces?

—Más de un año.

—¿Qué sabes de ella? —las preguntas eran dictadas por la curiosidad periodística de Tom Lionel.

—Sólo lo que os he contado.

—¿Llegaste a ver a sus padres?

—Nunca.

—¿No te extrañó?

—Al principio me tenía muy intrigado el asunto. Luego, dejé de pensar en él.

—¿De qué hablabais?

—Casi de nada. Estábamos juntos. Nos mirábamos, nos besábamos… Nos hacíamos mutuamente felices.

—¿Querías casarte con ella?

—Con Pat uno no se crea problemas de esa clase. Es una mujer que está, que ama, que sonríe que uno piensa que es eterna. No hay por qué obligarse a nada. Lo que más le gusta es vivir. Sólo eso…

Adam Walker y Tom Lionel se miraron a los ojos, aprovechando el ensimismamiento de su compañero. Acababan de oír la descripción de una gran pasión, hecha por un buen observador. Pero algo había en todo aquello que seguía sonando a falso.

Tom Lionel estaba dispuesto a soltar hilo, pero no a permitir que la presa escapara.

—¿De qué vivía esa chica? —insistió.

—No lo sé.

—Algo te diría…

—No.

—¡Pero tú no eres tonto, Harry!

El interpelado dio muestra, entonces, por primera vez en la noche, de algún desasosiego. Se levantó, vació un par de ceniceros, los dejó, quiso dar la luz y volvió a apagarla, encendió otro cigarrillo, y acabó por sentarse en su mecedora favorita, lejos de sus amigos.

La respuesta tardó en llegar.

—No; no soy tonto. ¡Ni mucho menos! Pat es rara, extraña, incomprensible, irreal, increíble…, pero es Pat. Con un cuerpo joven y una mente vieja. Tiene una mezcla de ingenuidad infantil y sapiencia demoníaca. Es lista y es mala. Es buena y es cruel. Es egoísta y es sencilla… ¡Todo al mismo tiempo! ¡Todo de una forma encantadora y brutal! ¡Todo formando un bloque!

Después del violento desahogo de Neumann, hubo un nuevo silencio, y más tarde, la lenta pregunta del doctor Walker:

—¿Te fascina, Harry?

—¡Me vuelve loco, Adam! Loco de miedo, de pasión, de amor, de angustia, de ternura, de terror… ¡De todo ello, pero con una fuerza tan irresistible que logra vaciarme el cerebro, y me deja saborear la sublime paz de no sentir nada! ¿Lo entiendes, Adam?

Adam Walker lo entendía perfectamente, pero no quiso darle ese triunfo a su amigo. En lugar de ello, preguntó:

—¿Por qué no la dejaste?

—No podía.

—¿Qué tiene contra ti?

—No es eso. Es lo que hace por mí…

Un negro presentimiento cayó como una losa sobre los tres hombres. Se palpaba la tensión de Harry Neumann, que poco a poco alcanzaba un estado propicio a las confidencias profundas.

—Es lo que hace por mí… —repitió, como en sueños, Harry—. Empezó por enseñarme a leer en los rostros de las personas lo que éstas realmente quieren. Me explicó cómo es posible obligar a los seres humanos a que sientan y piensen lo que yo les mande. Me dio un gran poder sobre la vida… Luego se dedicó a la muerte, me la mostró, me hizo amarla, me obligó a desearla. Incluso… ¡La muerte! Siempre la muerte… Es un tema obsesivo para Pat. Primero hacía que mi amor por ella llegase hasta el paroxismo, y a continuación me obligaba a mirarla fijamente. Entonces ella cambiaba… Me enseñaba su cadáver, la lenta putrefacción de su carne, los gusanos en sus ojos, la suciedad en la piel, los huesos blanquecinos y fríos de sí misma…

»¡Y luego, yo! ¡Tenía que soportar la misma transformación en mí! ¿Os lo imagináis? Yo notaba y padecía mi propia descomposición, cómo me iba llenando de blandas ampollas de suero, cómo se rompían extendiendo su pestilencia, cómo mis labios podridos se pegaban en sus dientes, y entre los dos, sin querer, nos quedábamos sin carne en la cara… Todo lentamente, todo en horas y horas de insoportable horror…

La noche había caído totalmente en el estudio y nadie veía nada. Sólo la voz ardiente, monótona, quebrada por el miedo y el deseo de Harry Neumann, rebotando por las paredes.

Cuando éste guardó silencio al fin, el amplio espacio del ático pareció quedarse vacío.

—¿Harry? —Adam Walker fue el primero en musitar la llamada.

—¿Qué?

—¿Estás bien?

—Sí, Adam.

—¿Puedo encender la luz?

—Haz lo que quieras…

Los contornos de las cosas adquirieron una nueva dimensión al ser iluminados.

—Te han estado hipnotizando, Harry —dijo Adam.

—No lo creas… Ésa sería la solución fácil… Lo verdaderamente importante es que os he dicho la escueta realidad de las cosas.

—¿Cómo dices? ¿Estás loco?

—Os aseguro que en este año que ha transcurrido, Pat y yo hemos llegado a extremos inconcebibles, hemos logrado resultados espeluznantes… Ahora mismo os podría matar a los dos con sólo quererlo… O volver loca a Liza la noche del baile… O desaparecer yo mismo a niveles que ni siquiera sospecháis…

Algo en aquella voz lenta y cansada anunciaba la terrible verdad de sus manifestaciones.

—¿Qué piensas hacer?

—¡Escapar de todo esto! ¡Tener una vida normal! —Gritó inesperadamente Harry, levantándose presa de una gran excitación —. ¡Y seguir con Pat! ¡Seguir con ella! ¡Seguir siempre con ella…!

—¿Sabe alguien más lo que te ocurre? —preguntó Tom Lionel.

—¡No! Hoy es la primera vez en mi vida que digo nada a nadie. Me ha asustado la muerte de Liza. No sé hasta qué punto yo…

La frase quedó en el aire, sin concluir, y Adam Walker comprendió toda su importancia.

—Te vamos a ayudar, Harry —dijo.

—¿Cómo, Adam, cómo?

—Iremos juntos a ver a Pat…

—¡Nunca! ¡Eso sí que no! ¡Es mía! ¡Pat es mía! ¡No la tocaréis jamás!

Harry Neumann se acercó a sus amigos como un demente, y en la mano llevaba un rosado amuleto. Sus ojos, perdidos, estrábicos, no miraban a ninguna parte y se había mordido los labios en su estallido de cólera.

—Muerte…, muerte… muerte… —canturreaba sobre la placa rosa.

Adam Walker y Tom Lionel supieron demasiado tarde que Harry les había hablado de su secreto porque, en su fuero interno, los consideraba, desde el principio, un par de cadáveres.

El amuleto crecía entre sus dedos y la más primitiva sensación de maldad emanaba de él.

CAPÍTULO V

El aparato de televisión funcionaba perfectamente en el canal cuatro; según se podía adivinar, faltaba poco para terminar la película.

Pamela Morgan no había salido de su casa en todo el día y estaba sentada en la butaca grande del salón, medio atenta al programa elegido.

Le ayudaba a sentirse tranquila la presencia de un policía rondando los alrededores. Había tomado el té con ella y ahora estaría en el portal, en la escalera, o en cualquier otro sitio cercano.

El agente conocía su obligación y la vigilancia que prestaba se debía más a la consideración del amigo de la joven, el teniente Bert Crawley, que a una estricta necesidad del servicio.

En un edificio de apartamentos es fácil notar la misma soledad que en pleno desierto, y Pamela se encontraba más a gusto sabiéndose protegida.

Le sacó de su agradable atontamiento el repentino zumbido del televisor y la distorsión de la imagen.

¡Vaya por Dios!, se dijo, aguanta toda la película, haz un esfuerzo por enterarte de qué se trata, y quédate sin saber cómo acaba…

Pero había también otra cosa mezclada con aquella pequeña frustración.

¡Alguien la estaba llamando por su nombre!

Fue a abrir la puerta del piso y no encontró a nadie.

Escuchando atentamente, se convenció de que tampoco era por el patio por donde venía el aviso.

La prueba del mal estado de sus nervios fue que creyó ver un movimiento furtivo, casi fuera del campo visual de sus ojos, en el lugar donde había descansado el cadáver de Liza.

El sofá estaba totalmente vacío y a la muchacha se la habían llevado al mediodía. No era posible que la llamada proviniese de allí.

Adam Walker quedó en volver a última hora, pero no había dado señales de vida. Dijo que primero iría a visitar a Harry Neumann en su estudio.

Sin embargo, ¡la llamada era de uno de sus amigos! Incluso del señor Tuppence…

¡Otra vez! Su nombre, bien claro, y luego, la orden perentoria: «¡Pamela, ven!».

Apagó el televisor para que el ruido no la molestase.

—¡Pamela, ven!

Le parecía oír a Liza, a Adam, a Harry Neumann, al señor Tuppence… También oía una clara Voz de mujer…

—¡Ven!

Se obligó a sentarse de nuevo y decidió esperar a Adam. Quizá un poco de *whisky* le vendría bien. Un poco solamente…

—¡Pamela, ven!

Se había levantado y no llegó a la cocina. En vez de buscar el vaso que necesitaba, se puso el impermeable y se calzó unas botas altas.

—¡Pamela, ven!

Una vez en la calle, buscó un taxi.

Sin explicarse bien por qué, esquivó con habilidad la llegada del agente que la guardaba, y dio una rápida orden al conductor:

—¡A la calle Muirland!

¿De dónde había sacado el nombre de la calle?

—¿Sabe dónde está esa dirección, señorita?

¿Cómo podía saberlo?

—No… —Logró decir, después de vencer a duras penas el nudo que tenía en la garganta.

—Tendré que mirar en la guía…

¡Que mirase donde le diera la gana! ¡Dios bendito, por qué tendría que hablar tanto aquel imbécil! Su obligación era correr y nada más…

—Vaya usted al sur de la ciudad —le explicó—. Tres manzanas más allá de la plaza Leadenhall, tuerza a la izquierda. Ésa es la calle Muirland… En el número ciento treinta me deja…

¡Otra vez lo mismo! ¿De qué lugar extraño le venían a ella las palabras, las ideas, la prisa, este miedo pavoroso de llegar tarde a la cita?

El coche arrancó y Pamela Morgan se dejó caer en el asiento. Ya nada podía hacer por sí misma y la certidumbre de esta limitación le produjo una terrible inquietud.

¡Debería tener siempre en sus manos la libertad de atender a la llamada! ¡El poder infinito de obedecer a su amo! Todo lo había hecho, todo se había cumplido, pero era espantoso no sentirse dueña de sus actos para acelerar el encuentro.

—¡Pamela, ven! —La potencia del mandato era irresistible.

Asustada más allá de toda ponderación, encogida en el rincón del asiento trasero, temblando, se sobresaltó al notar que el taxi se detenía.

—¡Qué pasa ahora! —gritó.

—Hemos llegado, señorita —repuso el conductor, mirando a través de los cristales—. ¡Vaya sitio! ¿Está usted segura de que es aquí dónde quiere quedarse?

—Sí…, sí…

Tendió un billete al hombre y se encontró sola en la acera.

Tenía ante sí un portal largo y oscuro y se metió en él.

—¡Ven! —La palabra le golpeaba materialmente dentro del cerebro.

Un portal muy largo y oscuro… y Pamela avanzó a tientas, sin ver nada, con los ojos cerrados.

—¡Ven!

Una mano helada le agarró por el pelo y su alarido fue escalofriante.

—¡Por Dios! La he asustado… Le ruego que me perdone.

—¡Quién! ¿Quién es usted?

No se veía nada en absoluto en aquellas espesas tinieblas negras.

—Soy Oscar Tuppence, señorita Morgan, Siento haberla alarmado de ese modo. Me dieron el encargo de que la esperase aquí. Todo esto está muy oscuro…

Pamela respiró profundamente. Por lo menos, estaba escuchando una voz conocida.

—¡Oh, señor Tuppence…! —agradeció—. Estoy muy asustada. ¿No hay ninguna luz?

—Ahora la traerá Pat. Ha ido en busca de una vela.

—¿Quién es Pat?

—Una gran chica, señorita Morgan. Se la presentaré cuando venga. Es también amiga de Harry Neumann. Es un poco amiga de todos…

—No creo que la conozca.

—Es igual. Le gustará.

Antes de que la esperada Pat llegase con la luz, sucedió en la calle una cosa imprevista.

Un coche se detuvo al borde de la acera, y de él bajaron tres hombres.

El primero en descender fue Adam Walker, después Tom Lionel y finalmente Harry Neumann.

Desde el fondo del portal se les veía bien a la claridad de la luna. Sin embargo, ellos no podían de ninguna manera sospechar lo que les aguardaba adentro.

—¿Ya hemos llegado, Harry? —se oyó preguntar a Adam Walker.

—Sí.

—¿Vas a dejar de una vez de amenazarnos con ese maldito objeto que tienes en la mano? —Terció Tom Lionel—. Sabemos de lo que es capaz y no vamos, a huir.

—¡Cállate! —ordenó Harry.

—Como quieras, hombre… Pero fue más que suficiente con la demostración que tuvimos en el estudio. ¿Qué hacemos ahora?

—¡Entrad ahí!

—¿En ese portal? —preguntó Tom.

—¿Es ésta la casa donde vive Pat? —observó a su vez Adam Walker, que no perdía de vista el conjunto de los acontecimientos. En alguna parte tenía que estar la fisura que terminase con todo aquello, y no le iban a coger desprevenido.

—Sí —repuso Neumann.

—¿Vamos a conocerla?

—Ella lo decidirá.

Entonces, una voz que hasta el momento presente no había intervenido, los detuvo en seco.

—¡Amigos míos! —Había una gran felicidad en sus palabras—. ¡Soy yo, Pamela! Estoy con alguien a quien todos apreciáis… ¡Qué

casualidad!

Los tres hombres quedaron inmóviles como si acabaran de tropezarse con un fantasma.

El más afectado era, sin duda, Harry Neumann. Al ver descubierto su secreto por personas con las que él no contaba, se sintió al borde del colapso mental.

Fue Adam Walker el que contestó a Pamela:

—¿Qué haces tú aquí?

—No lo sé, Adam. Me pareció que tenía que venir, y vine… Alguien lo mandó.

—¡Está conmigo! —Era triunfal la aseveración del hombre.

—¡Tuppence! —Los tres recién llegados lanzaron la misma exclamación.

—¡Conocí a Pat…! —Se mantenía el exultante rasgo de poder en la voz de Oscar.

—¡No!

El grito fue ahogado por el inmediato retumbar de un sonido inconmensurablemente dañino. Para los oídos, para los nervios, para la vida…

¡El amuleto!

Harry Neumann había lanzado toda la potencia malvada del fetiche en dirección a la voz que surgía del fondo negro del portal.

—¿Qué haces, loco? —Aulló Adam, transido por el dolor provocado en cada una de sus fibras—. ¡Estáte quieto con eso!

Otra nueva oleada de fuego líquido atravesó y torturó la sensibilidad de todos. Ahora iba directamente lanzada contra Adam Walker.

Nadie quedaba en pie. Sólo la figura descompuesta, desencajada, llena de fiereza, de Harry Neumann, musitando sus plegarias al amuleto.

Entonces se oyó un gemido de dolor simplemente físico.

—¿Quién se queja? ¿Quién está herido?

—Por favor, yo… Sostengan la luz, por favor… Me duele tanto…

El suave lamento nacía de todas partes y sólo dos personas de las presentes supieron reconocerlo: Neumann y Tuppence.

Sólo ellos supieron que la queja provenía de Pat.

Los dos se revolcaron por el suelo, indiferentes a ningún otro sentimiento, mientras una vela surgida de la nada se apagaba en

contacto con el frío pavimento.

Se les oía jadear, palpar las piedras con las manos, reptar desesperados cada centímetro de losa, sin importarles nada que no fuese socorrer a la joven herida.

Y siempre el mismo musitar dolorido:

—¡Pat! ¡Pat! ¡Pat!

La linterna de Tom Lionel iluminó el portal. No se había atrevido a encenderla antes, ni siquiera a permitir que se adivinase su existencia, por temor a la reacción de Harry y su terrible piedra rosada. Ahora comprendía que estaba fuera de todo peligro.

La escena era dantesca, increíble.

Había dos hombres, uno joven y otro mayor; ambos palpaban un asqueroso suelo de grandes losas de piedra, tumbados de bruces sobre él; lloraban como niños, llenos de mocos y lágrimas. Babeaban la misma cantinela enfermiza:

—¡Pat! ¡Pat! ¡Pat!

La luz de la linterna les mostró que se hallaban a escasa distancia de un blanco esqueleto. El montón de huesos brillaba con fulgor, pero provocaba un ambiente frío en el centro del angosto pasillo.

Harry Neumann vio entonces que una de las manos de Tuppence estaba acariciando ya aquellos huesos pelados, y un rugido de animal en celo estalló dentro de su pecho.

Ciego de ira y de celos, se arrojó sobre su rival, apartándolo de Pat mediante el bestial impulso de su cuerpo pesado.

Los dos se enzarzaron en una lucha a muerte.

—¡Es mía! —Los golpes de Neumann eran demoledores—. ¡No te atrevas a tocarla, cerdo! ¡No la vuelvas a tocar jamás!

—¡Mentira! ¡No es tuya! —Tuppence se revolvía y contestaba a la fiereza asesina de Harry con una fuerza que nunca se hubiera soñado en él—. ¡Es mía! ¡Es para mí! —gritaba—. ¡Ella lo ha dicho!

—¡No! ¡No es verdad! ¡Es mía!

Menos mal que los dos enemigos luchaban con las manos desnudas, habiendo olvidado el maligno poder que les había sido confiado.

Parecía un símbolo incomprensible que los dos amuletos, iguales, planos, redondos, descansaran quietos, juntos, entre las piernas del esqueleto.

Harry Neumann había logrado hacer presa en el cuello de Tuppence y apretaba con la firme decisión de terminar con su vida.

Adam Walker se agachó y recogió las dos piedras rosadas.

Al momento, se oyó de nuevo la voz de Pat.

—Por favor… No me dejéis sola… Amigos míos, sufro mucho…

Los dos luchadores dejaron en el acto de pelear, y se acercaron al esqueleto. Cada uno tomó los huesos de una de sus manos; Harry, la besó y Tuppence la depositó sobre su pecho. Empezaron ambos a musitar plegarias del más encendido amor a aquella Pat desconocida para los demás espectadores de la escena.

—Así está mejor… —Otra vez aquella voz cantarina y suave—. No me abandonéis ahora que tengo más amigos… Hay otros hombres aquí…

—Sí, Pat —musitaba Harry—. Te he traído hombres. Hombres para ti…

—Sí, Pat —parecía rezar Tuppence—. Te he traído una mujer… Compañía para ti…

—No me dejéis morir ahora…

—¿Qué debemos hacer, Pat?

—¿Qué quieres que hagamos, Pat?

Pamela Morgan no pudo soportar por más tiempo aquella escena que se le antojaba abyecta, y se dispuso a salir a la calle y marcharse de allí.

Las cuencas vacías del esqueleto parecieron rielar y se llenaron de un líquido ambarino y espeso. Instantes después, dos maravillosos ojos miraban a Pamela.

—No te vayas, mujer —suplicó Pat.

La joven vio la expresión y el color de los ojos, únicos, signos de vida en medio del cráneo limpio de aquel montón de huesos, y se desmayó al reconocer la mirada de Liza.

Adam la sostuvo a duras penas antes de que pudiera hacerse daño contra el duro pavimento de piedra.

La prueba de cómo estaba aquello afectando a los nervios de todos, fue que la linterna resbaló de las manos de Tom Lionel y se rompió al tocar el suelo.

La oscuridad volvió a ser total en el pasillo.

Entonces, la voz de Pat dejó de ser un tenue murmullo agradecido, para convertirse en un grite brutal, restallante de

maldad, henchido de fuerza demoníaca:

—¡Ahora! —retumbaron las paredes.

Un espeso manto de humo negro se materializó alrededor de todos, amigos y enemigos, dejando el portal cegado, los cuerpos inmersos en él, solidificando el aire, apretando la vida, derrumbando la casa, matando cuanto aún quedaba allí…

CAPÍTULO VI

El camino de descenso era poco empinado y sus curvas cada vez más cerradas. Habían empezado a bajar por lo que creyeron sería la espiral interna de un pozo de paredes verticales, pero ahora estaban ya convencidos de que marchaban siguiendo las líneas circunvalantes de un cono invertido.

Un cono ancho en la entrada y más y más estrecho y difícil a medida que se hundía en las profundidades de la tierra.

Cada vuelta era casi un círculo perfecto; cada círculo un poco más pequeño que el anterior. De todos los que bajaban, tan sólo Adam Walker mantenía el conocimiento suficiente para darse cuenta de la trampa en que se hallaban metidos.

¡Les imponían la obligación de atravesar los aros mágicos protectores de la vida, insensiblemente, a seguir la espiral maldita del Guardián del Umbral!

¡Pronto estarían indefensos en manos de
K'Lon-Loj,
de Avaún, de Yerbmón, de los dioses de los Gusanos, del Frío, de la Muerte, de la Ira y del Miedo, y de sus infinitos hermanos y hermanas!

¡Estaban perdidos!

Pero continuaban descendiendo…

El suelo que pisaban era blando y muy húmedo, tanto que los pies se hundían hasta el tobillo a cada paso que daban. Con aquel cieno pegajoso no había ruido, ni peligro de resbalar. Parecía goma líquida.

Pat abría la marcha, seguida de Pamela. Después formaban hilera Tom Lionel, Harry Neumann, Tuppence y Adam Walker, por este orden. No habían tenido discusiones en el momento de aceptar la nueva situación. Tomaron una disposición cualquiera, sin

siquiera pensar, cuando Pat les mostró la trampilla y les obligó a bajar.

Adam fue el único que no sintió ningún estímulo apremiante y se quedó el último. No le agradaba estar separado de Pamela, pero no pudo avisar a la joven para que le esperara.

Ahora, con una mano guiándose en la oscuridad, y con la otra acariciando los dos amuletos que tenía en el bolsillo, pensaba únicamente en una cosa:

«¿Adónde nos lleva Pat? ¿Por qué quería enfrentarnos al Guardián?».

Sintió la necesidad de llamar a Pamela y nadie le contestó. La terrible multiplicación del eco de su grito le erizó los pelos de la nuca. ¡Cómo era posible un vacío de semejante magnitud!

—¡Tom! ¡Harry! ¡Tuppence! ¡Pamela!

Unicamente le respondió el rebotar de las palabras, cien veces repetido, viniendo de todas direcciones.

¡Estaba solo al otro lado del umbral de las Tinieblas! ¿Dónde habían ido los demás?

Con sumo cuidado apresuró la velocidad de bajada, esperando encontrar a Oscar Tuppence, que debía marchar delante de él. No fue capaz de alcanzarlo.

Consciente de las malignas fuerzas que le rodeaban, de que su corazón se había acelerado al máximo y de que sólo a base de valor y serenidad podría vencer la tortura mental a que estaba sometido, Adam Walker se obligó a recuperar su ritmo normal de avance.

Casi inmediatamente supo que el descenso había terminado. El suelo era ya horizontal y la pared que le servía de guía desapareció. Volvió a dar un paso atrás, sólo uno, el último que había dado adelante, y ya no pudo encontrar nada sólido en qué apoyarse.

Adam Walker se hallaba inmóvil en algún punto del sendero, totalmente incapaz de saber dónde estaba, y quieto, empapado en el más espantoso de los terrores, sintiendo en su sangre la repleta amenaza que bullía a su alrededor como algo tangible, real, macizo…

¿Hacia dónde dar el siguiente paso?

¡Qué garra, qué mano descarnada, qué monstruosa araña, qué boca succionante le estaba aguardando…!

¿Y por dónde? ¿De qué lado le vendría el golpe, el desgarro de

la carne, la herida, la muerte…?

¿De qué forma increíble se materializaría
K'Lon-Loj,
el dios de las Profundidades, el amo de todo lo no conocido?

Adam Walker giró la cabeza a los lados olfateando como una fiera al acecho, intentando taladrar las tinieblas con sus ojos, queriendo captar cualquier sensación que le permitiera sentirse de nuevo amparado por la realidad.

Ni siquiera se atrevía a separar los brazos del cuerpo, a tantear como un ciego, por no ser él quién tocase primero al ser inconcebible que le acechaba en la sombra, a escasos milímetros de la piel, ávido de su vida…

Deseaba encogerse, quedar arrodillado en el suelo, hacerse un ovillo y esconder la cara y la cabeza entre sus brazos, para sentirse lo más pequeño posible, para no ofrecerse de pie a la definitiva dentellada.

Decidió agacharse y contuvo al máximo la respiración.

¿Dónde estaría? ¿En una gran tumba llena de gusanos diabólicos, o en el único trozo de suelo firme que le salvaba de caer en un insondable abismo?

¡No se movería! ¡Nada le haría cambiar de postura!

Un suave temblor de su pelo lo puso al borde de la locura. Algo que se le agarró a la cabeza, cogiéndole con fuerza el cabello, le hizo perder el control de sí mismo y chillar desesperado con el más ronco de los sonidos que pueda producir una mente humana.

Adam Walker gritó, pataleó en el suelo, se agarró con las manos a puñados de inconsistente barró, se sintió desnudo, mientras la cosa peluda y caliente le atenazaba la cara, le alcanzaba los hombros, se le metía por los oídos, la boca, los ojos…

—¡Soy yo, el Guardián! ¡El Vencedor! ¡Piérdete en mí, hombre! ¡Déjame obrar en la entrada!

Con el sonido de semejantes frases lacerando su conciencia, perdida por completo toda noción de instinto. Adam se lanzó a correr desesperado, deseando únicamente arrancarse aquella pesadilla, dejar atrás la maraña de patas, de pelos, de uñas, de calor insoportable en que se había convertido el Guardián.

Corría para huir de la masa de materia repugnante que le estaba asfixiando…

En su carrera pasó por suelos pedregosos, tropezó con inesperadas murallas de roca viva, se lastimó con esquinas hirientes y siguió huyendo…

Estuvo así, loco, hasta que los pulmones no pudieron más, hasta que el cuerpo reclamó imperioso el oxígeno que no tenía, hasta que el corazón le estalló en una última llamarada de dolor insoportable.

La cabeza de Adam Walker era ya una tupida selva de garras, de lianas peludas, de abrasadoras lenguas de fuego… Se derrumbó exhausto… Ya no era nada… Había terminado… Había perdido…

¡El Guardián era el triunfador! ¡El Guardián del Umbral en el último círculo!

Y es que no se puede bajar con miedo al Reino de las Sombras… No se puede… ¡No se puede!

* * *

Oscar Tuppence descendía pensando únicamente en Pat. Pamela Morgan había pasado al rincón de los recuerdos que no interesan: ¡ahora sólo existía Pat!

La jovencita de la calle Muirland le había enseñado a manejar la soga, le había explicado en qué consistía su tormento, y le había dicho la mejor manera de sentirse siempre, ¡siempre! libre.

Sin duda, ahora le llevaba al templo del maravilloso dios del Deseo, al templo de Agamay, para ser curado totalmente de su obsesión.

¡Tendría cientos de oportunidades para transferir su angustia!

Absorto en la promesa de la muchacha, no temió la bajada por el sendero en espiral, ni el hecho de ir ahora detrás de Pat por las terribles bóvedas negras que encontraron al final del descenso.

No sabía si estaba sudando debido al esfuerzo de la caminata, o si todo lo que le rodeaba era simplemente humedad. Sólo era consciente de que estaba calado hasta los huesos y de que era difícil respirar allí.

Los gritos ululantes de espanto, los berridos de bestia moribunda, las puertas enrejadas que temblaban a su paso, no lograban atenuar su fe en la muchacha mientras recorrían el camino. ¡Pat le llevaba de la mano! ¡Todo iba bien!

Llegaron a la encrucijada y Tuppence tuvo que cerrar los ojos ante la tremenda claridad que despedían las antorchas, en contraste

con la oscuridad anterior.

Parecía que hubiese cientos de ellas.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz y miró a su alrededor, Pat no estaba ya a su lado.

Las paredes de la sala circular mostraban docenas de aberturas rectangulares, del tamaño aproximado de un hombre en pie; al principio, separadas entre sí por una distancia menor que un palmo, se perdían luego en la lejanía como los radios de una rueda.

¡El templo de Agamay!

Las antorchas iluminaban los metros iniciales de cada pasillo, pero nada se veía de su interior profundo.

¿Dónde estaban las mujeres, todas las mujeres que él necesitaba y que le habían prometido?

¡En los nichos, sin duda alguna!

¡Una en el fondo de cada nicho!

¡Docenas de mujeres esperando la soga! Pat había cumplido su promesa… ¡Magnífica muchacha!

Sin detenerse a reflexionar, Oscar Tuppence separó una de las antorchas del soporte que la unía a la pared, y se introdujo por la primera abertura que encontró ante sí.

Era un pasillo recto como el trazado de un rayo de luz, siempre en la misma dimensión, donde difícilmente uno podía girarse después de haber entrado.

Tuppence no era alto y le sobraba espacio para llegar al techo. Sin embargo, sus anchos hombros no cabían de frente y se veía forzado a avanzar un poco ladeado.

En la mano correspondiente al hombro adelantado llevaba la antorcha, y en la que le quedaba atrás, la mano del brazo izquierdo, la soga.

El pasadizo era más largo de lo que se podía pensar a simple vista. Oscar Tuppence llevaba andando mucho tiempo en aquella postura incómoda y aún no se vislumbraba el esperado fondo.

La cuerda fue la primera en detectar su objetivo, ya que el hombre la sintió vibrar entre sus dedos. Una mueca de cruel satisfacción le hizo enseñar los dientes en la penumbra del túnel. ¡Qué poco debía faltar ya!

Un enganche de la soga le obligó a dar el primer traspiés. ¡Maldita! Se estaba endureciendo tanto, se alargaba de tal modo,

que ya no cabía en sentido horizontal.

Oscar se detuvo un instante y consiguió colocarla en posición vertical. Sin poder girarse, Oscar se vio en dificultades para manejar con una sola mano el trozo de esparto. Logró, al fin, ponerlo a su gusto y continuó el avance.

Había tenido necesidad incluso de enrollarse un poco de cuerda entre los dedos para que no tropezara demasiado con el suelo y el techo.

¡Qué angosto resultaba aquel pasadizo!

Todavía se vio obligado en más de una ocasión a vencer los roces de los extremos de la cuerda contra las paredes, cuando pudo apreciar que una desconocida claridad se reflejaba ante sus ojos. ¡Allí estaba lo prometido!

Ya podía vislumbrar al fondo del túnel una mancha blanca; pronto adivinó Oscar Tuppence la silueta de la primera mujer de las que venía buscando.

Alargó la antorcha lo más que le permitía el brazo y confirmó con alegría que un cuerpo femenino se encontraba encadenado a la pared que cerraba el pasillo.

¡Albricias! ¡Había alcanzado la meta de su vida!

Con los ojos saltones y un poco empañados por la emoción, Tuppence no podía precisar bien qué clase de belleza tenía a su disposición. La soga se le enredó otra vez y el hombre dio un violento tirón del esparto. ¡Por todos los diablos! ¡Otro enganche! Sin apartar la mirada de su presa, tiró con fuerza, con toda su fuerza.

¡Nada! ¿Es que no iba a ceder ahora?

Volvió la cabeza y notó la tremenda intensidad con que ambos extremos de la cuerda se introducían en las irregularidades de la piedra. Estaba sujeta entre el suelo y el techo. Quizá con un poco de maña…

Sintiendo que un sudor frío le cubría totalmente el cuerpo, Tuppence, a los diez o doce violentos tirones, empezó a comprender que seguramente no le iba a ser nada fácil. Estaba muy encajada y la cuerda se mostraba cada vez más recia.

Bien, ¡allí se quedaría la maldita! ¿Qué podía hacer él en semejante postura? No obstante, aún le quedaba el consuelo de seguir avanzando y alcanzar aquella preciosidad que le esperaba sin

poder defenderse.

Soltó la cuerda y dio un paso adelante. Creyó que le arrancaban el brazo de cuajo.

¿Qué pasaba ahora?

Se miró la mano, que ya empezaba a dolerle, y no quiso dar crédito a la realidad que tenía ante sus ojos.

¡El lazo que él mismo había hecho anteriormente para acortar la soga, y que pasase por el pequeño pasillo, lo tenía prendida la muñeca!

¡Y aquella pesadilla era ahora más fuerte que una barra de acero!

Tiró de su propio brazo, en el colmo de la desesperación, hasta que le asustó la cantidad de sangre que manaba por el desgarro que le hería la muñeca.

En una postura que se le antojaba el último refinamiento de la incomodidad, probó mil contorsiones, a cual más dolorosas, para sacar la mano del cepo.

No podía cambiar la posición de los hombros, ni ayudarse con la otra mano… ¡No podía girarse! ¡Ni seguir adelante! ¡Ni retroceder para dar con la soga de esparto que le cerraba el camino!

¡Estaba atrapado!

—¡Pat, maldita! ¡Maldita seas, Pat, aborto del infierno! ¡Lo sabías! ¡Sabías lo que me iba a ocurrir!

En medio del espantoso dolor de sus heridas y de su desilusión, y sin hacer caso de sus gritos de odio, de ira y de miedo, la figura que un segundo antes estaba en cruz a la pared, se movió y avanzó hacia él.

—Pat, ¿eres tú? ¡Suéltame! ¡Por lo que más quieras, suéltame!

Tuppence pensó en su desesperación que la sonrisa luminosa de Pat era la mejor certeza de que todo aquello era una broma. Pronto estaría libre… ¡Vaya susto que se había llevado! Quizá fuese una prueba por la que había que pasar…

—Anda, Pat, encanto, date prisa…

La mano de ella se acercó acariciante a Oscar Tuppence y le tomó del brazo que sostenía la antorcha. Con exquisito cuidado la desprendió de sus dedos y el hombre sintió el inmediato alivio que le empezaban a proporcionar aquellas manos maravillosas. En verdad que no se había dado cuenta de que tenía los músculos

agarrotados por el esfuerzo de sostener durante tanto tiempo la antorcha.

Sonrió confiado y miró a la muchacha.

¡No había nadie! ¡Sólo una obscuridad creciente que se metía en los huesos! ¡Pat se había alejado dejándolo solo!

Oscar Tuppence lloró, tiró de la cuerda, gritó, pidió por favor, clamó, rugió y amenazó en todos los tonos y de todas las maneras posibles, en aquellas horas torturantes que tardó en morir desangrado.

Sin poder tocarse la mano herida, sin poder cambiar de postura, sin poder arrodillarse ni descansar tumbado, murió de pie, colgado de su propio brazo, enfermo de desilusión, aterrado en su abandono, víctima real de la soga de esparto, en su más inconcebible alarde de maldad.

¡El templo del dios del Deseo!

Oscar Tuppence no supo jamás el momento exacto en que Agamay empezó a reír.

CAPÍTULO VII

Harry Neumann estaba sentado en un banco de piedra, con la espalda apoyada en la pared. Para él no existía ningún peligro en las profundidades del reino de
K'Lon-Loj.
Había pactado con los moradores de las Tinieblas y cada uno cumplía su compromiso.

El calor húmedo le obligaba a sudar continuamente y tenía mojados el fondillo de los pantalones y la camisa. Sin embargo, no debía moverse del sitio asignado.

A sus pies se arrodilló Pat, que venía a su encuentro vestida con un encantador trajecillo de dos piezas: falda hasta el suelo y corpiño corto.

—Estás muy guapa, Pat.

—Me he puesto así para ti, amor. ¿Te gusto?

—Sabes que te adoro y que me agrada verte de todas las maneras… ¿De dónde has sacado eso?

—De arriba…

—¿Puedes coger objetos materiales?

—Algunas veces. Cuando me encuentro llena de vida… ¿Necesitas algo?

—No. Lo que quiero es que me digas qué has hecho durante las horas que no has estado conmigo.

—Poner las cosas en orden, Harry, cariño. Tenemos para nosotros solos el tiempo que tú quieras…

—¿Dónde están ellos?

—¿Te interesa?

—Sí.

—A Tuppence lo dejé atrapado en uno de los túneles del templo de Agamay. Allí lo llevó su deseo y allí morirá.

—¿Fuiste tú con él?

—Sí. Tenía que estar en mi puesto para que la soga hiciese la tarea encomendada. Yo me convertí en su presa y él no se detuvo por nada.

—¡No me gusta!

—Estará ya muerto…

—Eso me tiene sin cuidado. Lo que me fastidia es tu indiferencia. Igual lo haces con unos que con otros. ¡A ti no te preocupa! ¡Tú no sientes nada! Pero a mí no me gusta que él te haya visto.

—Mi amor…

Pat se acercó a Harry y éste intentó mantenerse distante, muy frío, enfadado, sin conseguir el menor éxito. Cuando los dos se hubieron tranquilizado un tanto, el hombre preguntó:

—¿Qué le ocurría a Tuppence?

—¿Con la soga?

—Sí.

—Pues que esa cuerda que siempre llevaba consigo era la materialización de sus ansias de belleza y compañía femenina. Un deseo demasiado grande y eternamente insatisfecho, puede llegar a convertirse en algo real, sólido, verdadero… Su imperiosa necesidad de compañía, de amor, de no estar nunca solo, le martirizaba día y noche y no le dejaba vivir. Durante el día es más llevadero este tormento habida cuenta de que tiene a su favor la esperanza de poder satisfacerlo. Te encuentras rodeado de posibilidades, de tiempo, de mujeres de carne y hueso que te permiten soñar que alguna será para ti…

»De noche es distinto. De noche está uno solo y ya no queda esperanza de nada. Se encierra uno en una pequeña parcela de espacio, en una habitación vacía donde se está seguro que no va a venir nadie. Se empieza por mirar a los rincones y se termina por manotear al aire en busca de algo que abrazar. La desesperación llega a ser tan brutal como el golpeteo seguido de una gran campana y ya no se puede dormir. Se siente uno capaz de entregar su alma al diablo a cambio del milagro de tener a alguien cerca. Se está dispuesto a pagar a cualquier precio, aunque se sepa de antemano que nunca será en moneda corriente. Se cerraría el trato a costa del espíritu, del alma, de la vida… ¡A costa de cualquier

cosa! Y nunca se logra nada… Se siente ahogo, falta el aire, el corazón repica como un loco, no se puede descansar, las vueltas en la cama son demasiado activas y angustiosas, se pide, se ruega, se exige…

»Pero no se sabe cómo hacer la petición. Los hombres no sabéis y, sin embargo, tenéis tal fuerza mental en vuestro instinto, que la materialización se produce, aunque no en el sentido apropiado. El impulso que ponéis en juego es tan fuerte que llega a convertirse en algo concreto el hecho de no poder respirar, se tiene en la garganta un nudo demasiado poderoso, se atrae uno mismo a la soga y ésta se hace real… Oscar Tuppence logró dar forma a su deseo, pero no al objeto de éste. Tenía la soga y vivía con ella, en lugar de compartir todos estos sentimientos y problemas con una mujer. Era su capricho y su tormento. ¡La conquista de una voluntad decidida y tenaz! Yo no me río, pero ésas son las cosas que pasan arriba…

—¿Cómo puedes tú estar tan enterada de los pensamientos de Tuppence? —dijo.

—Llevo una eternidad escuchando las confesiones de hombres desesperados, Harry.

—¿Por qué?

—Porque son los únicos que llegan hasta mí.

—¿También yo soy un desesperado?

—Harry, mi vida… Tú eres distinto. Tú eres mi dueño. Eres el amo de mi entorno vital, de mí, de mis compañeros y de mis enemigos… Pactaste con
K’Lon-Loj.
Hasta él te acepta… Tú no tienes por qué preocuparte.

Harry Neumann entendía con mucha dificultad todo aquello. Pero no estaba dispuesto a hacer demasiadas preguntas. Así eran las cosas con Pat, y así seguirían siendo…

Sin embargo, había otros temas que sí podían tener respuesta. Por ello mismo, preguntó:

—¿Sabes lo que ocurrió entre Pamela y Tuppence la primera noche?

—Que Oscar le pudo transferir la soga a Pamela en un instante que se le presentó propicio. Tú ya sabes que esa chica es muy sensible, y por lo tanto, muy receptora. En la fiesta había bebido un poco de más, le agradó Tuppence como hombre, cosa que nunca

había sucedido, y entraron en contacto sus respectivos niveles de percepción profunda. Hubo un trasvase de deseos y Pamela se llevó la cuerda con ella y Oscar pudo dormir tranquilo. Ésa fue la noche en que Pamela sufrió las penas del infierno y en la que Liza, tu poco imaginativa novia —había un recreo irónico en las palabras de Pat —, murió asfixiada.

Harry se sintió herido por el sarcasmo de la muchacha, pero no aceptó el reto. Le preocupaban otras cosas y una de ellas no admitía demora.

—¿Cómo conociste a Tuppence?

—De pura casualidad, Harry. Te esperaba a ti y vino él. Estaba tan excitado por todo esto que te he contado, le tenía tan fuera de sí la posibilidad de repetir la experiencia con Pamela, y la muerte de Liza, qué empezó muy pronto a hacer tonterías. Luego vino su aventura por estos barrios, con gente indeseable que se portó pésimamente con él… No te extrañe que nos pudiéramos ver y sentir mutuamente. Estaba destrozado… Yo le tomé a broma, no tengas esos absurdos celos. Conoces lo mucho que me aburro siempre…

—Ahora tienes a Pamela en tu poder…

—Sí.

—¿Qué vas a hacer con ella?

—La conservaré para cuando precise un poco de vida. Todo no lo puedo soportar yo sola.

—No te entiendo…

—Cariño, no seas ingenuo. Necesito de vez en cuando un hálito de vida y lo tomo donde lo encuentro.

—¿Y ellas?

—Mueren.

Harry Neumann sintió, como un ramalazo inesperado, como un sentimiento que jamás había compartido con Pat, que la maldad en su estado más genuino se hallaba mezclada de alguna manera en sus relaciones. Le vino a la cabeza el significado de la palabra «monstruo», pero lo rechazó inmediatamente. ¿Para qué ahondar en misterios que están más allá del alcance de un ser humano?

Pat era una mujer maravillosa.

¡Maravillosa!

Y nada más…

—¿Dónde está ahora Pamela? —dijo.

—No podrá escapar.

La respuesta no admitía comentario.

—¿Y Tom Lionel? ¿Qué ha pasado con él?

—A Tom lo empujaste tú mismo al fondo de la sima, mientras descendíamos todos juntos. ¿Ya no te acuerdas? Las gotas de su sangre fueron como néctar para el hambre eterna de
K'Lon-Loj.
El dios de las ratas blancas me lo ha dicho…

—¡Cállate!

—Sí, Harry, ya me callo. Perdóname y no te enfades conmigo. Se me ha escapado hablarte de ellos y sé lo poco que te gusta. Perdóname, mi vida…

—¿Quién queda aún? ¿Qué le ha ocurrido a Adam?

—No lo sé —la única respuesta desconcertante.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Sólo tengo noticias de que tuvo que habérselas con el Guardia del Umbral y que estuvo a punto de perder el combate. Pero no fue así…

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que Adam Walker me quito los dos amuletos mientras yo desfallecía en el portal de la casa vieja. No pude sobreponerme a la presencia de tanta gente viva y lo eché todo a rodar. Él no es tonto, vio que las piedras estaban junto a mí, que no lograba hacerme con ellas, y las recogió. Todavía las tiene.

—Tendremos que hacer algo…

—Ya está ordenado. Todas las fuerzas reunidas de mis compañeros están obligándole a venir aquí.

—¿Se enfrentará con nosotros?

—Contigo sólo. Tendrás que matarlo.

—¿Yo?

—Sí. Ya sabes que me es imposible acercarme a la vida tanto como para poder adueñarme de ella. Yo nada puedo contra él. Es un hombre vivo… ¡Pero tú, sí! Debes matarlo.

Algo en la mente de Neumann le estaba dictando las respuestas.

—Lo haré —dijo.

—Antes le quitarás los amuletos.

—Se los quitaré.

—Deberás obligarle a que confíe en tu amistad.

—No te inquietes por ello.

—Estará aquí enseguida.

—Le esperaré.

—Te quedarás solo.

—No me importa.

—¿Lo harás por mí?

—Sí, Pat; lo haré por ti.

Sin que nada cambiase en aquella estancia húmeda, en la que reinaba Pat y sus entes primitivos y malignos, la pasión surgió avasalladora en el cuerpo femenino.

Luego, fue creciendo y creciendo hasta que dos esqueletos temblorosos terminaron al pie de un banco de piedra.

Harry Neumann había gustado de nuevo las delicias de un amor más allá de los sentidos, de la muerte, de la carne…

Sólo que, ahora, el precio era una vida.

CAPÍTULO VIII

Sin sentir nada en absoluto, Adam Walker seguía caminando por la pendiente.

Sobre los hombros llevaba al Guardián del Umbral, informe y caliente, pesado y quieto, amenazador, pero sin la agresividad urgente y malvada de su primer ataque.

—Dame los amuletos —repitió la masa por enésima vez.

Adam contestó lo mismo:

—Son mi fuerza y mi salvaguarda. Son míos.

—Los has robado. No eran para ti.

—Pero ahora los tengo yo.

—Tienes sólo su sombra.

—Tengo su poder.

—Es mentira.

—En ellos está grabado tu nombre.

—¡No lo pronuncies!

—Lo haré si no me dejas en paz. Tengo todas tus letras.

—¡No sigas!

—Pues apártate de mí —sugirió Adam.

—No puedo.

El diálogo llevaba horas de duración, siempre con la misma doble sensación de futilidad por ambas partes. Ni Adam Walker ni el Guardián tenían fe en lo que estaba sucediendo. Decían frases que habían perdido todo sentido, esperando un acontecimiento exterior que deshiciera el punto muerto al que habían llegado.

La rampa de descenso era ancha y larga y Adam bajaba sin ganas, impulsado por el simple hecho de aprovechar la línea del mínimo esfuerzo. ¿Para qué molestarse en subir?

Si era necesario hacer algo, si era imposible mantenerse inmóvil, era más sencillo bajar.

—Dame los amuletos…

—No quiero…

—Te haré daño otra vez…

—Pronunciaré tu nombre…

De nuevo el mismo tira y afloja sin ninguna finalidad.

Y un descenso inacabable en línea recta… ¿Hasta cuándo?

El muro surgió en el camino sin el menor aviso y Adam se detuvo. Palpar aquella roca húmeda no era agradable. Sin embargo, por fin, algo había cambiado.

—¡Salta! —Sonó la orden del Guardián.

—¿Dónde?

—Salta al frente, hombre. Estás detenido ante una pared que no existe.

—¿Por qué dices eso?

—Porque lo sé.

—No te creo.

Adam Walker se sentó en el suelo. ¡Qué más le daba!

—Te propongo un trato.

—Dime.

—Tú me das los amuletos y yo te enseño a conservar la vida.

—Mi vida no está en peligro.

—Te aguarda la muerte.

—No seas ingenuo. En tu reino no hay muerte para mí. ¡Soy un hombre vivo!

—Te acecha otro hombre.

—Es mentira. Aquí estoy solo.

Como el cambio de impresiones de los dos seres tenía lugar en el seno de las capas más profundas de la conciencia, todo cuanto expresaban poseía la característica del ser sencillo, básico, infantil… Un diálogo exento de los matices que proporciona la razón.

—¿No recuerdas nada?

—Mis recuerdos no tienen valor —contestó Adam—. ¿De qué sirven ya?

—Pareces cansado.

—De ninguna manera. Lo que ocurre es que no espero nada de la vida. Ni siquiera mi propia continuidad.

—Me quieres engañar.

—No.

El Guardián se encontró, de repente, haciendo uso de sus armas más antiguas:

—Yo te puedo hacer el ser más poderoso que jamás haya existido.

—No me interesa.

—Puedo lograr que seas inmortal.

—Ya lo soy.

—Te puedo convertir en el hombre más sabio de la creación.

—¿Sabiduría? —Dijo Adam—. ¿Para no saber conocerme ni a mí mismo? Guárdala para ti.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Nada; ya te lo he dicho.

—Hablas convencido.

—Sí.

—No me gusta.

—¿Por qué?

—Anulas toda mi fuera.

—Pues vete y déjame en paz.

—Has ganado, hombre. ¿No lo sabías?

—Ganado… ¿qué?

—El derecho de ser mi dueño.

—Está bien. Lo acepto. Vete.

—¿Es eso todo lo que quieres?

—Sí.

—¿Nada más?

—No.

Adam Walker sintió que de su piel se desprendía un tremendo peso y se notó fresco y descansado. Sentado en aquel rincón podían pasar años… Se estaba bien allí, en la penumbra de ninguna parte…

Un mido de pasos le hizo abrir los ojos. ¿Quién sería ahora?

Del muro no quedaba ni rastro y vio venir la figura de Harry Neumann.

—Hola, Harry…

—¡Adam, levántate!

—¿Qué quieres de mí?

—Vengo a darte muerte.

—Hazlo, pues.

Los ojos de Adam observaron la tensión de su compañero, y en

la mirada que dirigió al recién llegado estaba encendida la llama de la suprema indiferencia. ¡Pobre amigo suyo, todavía preocupado por deseos estúpidos!

—¡Levántate! —insistió Neumann.

—¿Para qué?

—Lucha conmigo.

—No merece la pena. Si quieres matarme… termina pronto, Harry. Pero no me obligues a que te ayude.

Harry Neumann dudaba en avanzar. En realidad, no podía. Las leyes del mundo subterráneo de la mente no son las mismas que rigen en la superficie. Allí abajo se podía usar el mal contra el mal, la destrucción contra la destrucción… Pero no existían armas para vencer la resignada conformidad del doctor Walker a todo lo que pudiera ocurrir.

—Dame las piedras rosadas, Adam.

—Tómalas…

Los dos amuletos cambiaron de mano. Ahora los apretaba Neumann en las suyas… Y en el acto, tuvo sobre sí al Guardián.

Adam se vio obligado a presenciar el terrible dolor de su amigo, a rememorar las espantosas transformaciones de aquella masa increíble, a ver repetidas en otro ser las insoportables torturas por las que él ya había pasado.

Hasta que se cansó.

Había vencido la primera vez y volvería a vencer ahora.

—¡Ihagal! —gritó, pronunciando la palabra prohibida.

El caos, en su más completa consecuencia, fue el resultado de llamar al Guardián por su nombre.

La bóveda se llenó de humo, olores nauseabundos, ruidos insoportables, acentos de terror, remolinos de negrura, locas espirales en rojo… Luego llegaron los golpes de aire gélido, los zarandeos, los revolcones en la nada, el ahogo… Los dos amuletos estaban en el suelo: Adam volvió a recuperarlos.

Y de repente, la calma más absoluta.

Harry Neumann estaba de pie, igual que momentos antes. Pat a su lado. En un rincón, Pamela abría los ojos asustados, mirando a Adam Walker. Éste no se había movido de su sitio junto a la pared.

¡Se hallaban otra vez en la pequeña habitación de la portería! ¡A un paso de la calle Muirland!

—¡Qué has hecho, imbécil! —gritó Harry.

—Llamarle por su nombre…

—¿Cómo lo supo usted? —Ahora era Pat la que preguntaba.

—Utilizando las letras de los amuletos —repuso Adam, poniéndose en pie—. Cada uno tenía grabados dos triángulos equiláteros invertidos y superpuestos, y en cada una de las esquinas resultantes, una letra. Seis esquinas, seis letras… Había que leerlas por orden. Eso es lo que hice.

—¿Quién te dijo por cuál debías empezar?

—Eso no importa nada, Harry. Por cualquiera que empieces encontrarás uno de sus nombres. Todos valen. ¡Galiha! ¡Alihag! ¡Lihaga! ¡Agalih! Los amuletos son redondos: no tienen principio ni fin. Los nombres igual. Valen todos… Leídos de izquierda a derecha, de derecha a izquierda… ¡Son los doce nombres del Guardián del Umbral! ¡Los impronunciables…!

Pat soportaba difícilmente la espera. Se la veía nerviosa.

—Estamos arriba, Harry —musitó—. ¡Date prisa!

—¿Tengo que hacerlo también ahora?

—Más que nunca, mi amor. Si no lo realizas, no podremos volver a vernos jamás.

—En el mundo real se puede vivir, Pat. Deja que lo probemos…

—¡Yo no, Harry! ¡En él estoy muerta! Recuérdalo. No me tendrías contigo…

—Es que ahora, después de lo que ha pasado…

A Neumann se le notaba deseoso de eludir la última y definitiva prueba. En contacto directo con sus amigos, a un paso del Londres verdadero que tan bien conocía, creyó encontrarse con fuerzas para escapar de la influencia de Pat.

—¡Hazlo, Harry! —Ordenó la muchacha—. ¡Tengo poco tiempo!

—Veo las cosas de otro modo, Pat. Yo te propongo que…

—¡Necesito a Pamela! ¿Es que no lo entiendes? Y ese hombre le da fuerza, no puedo alcanzarla mientras esté vivo… ¡Mátalo! ¡Mátalo! ¡Y pronto!

Pat se empezó a descomponer y corrió en dirección a Pamela. Su intención era ya desesperada. ¡Le era preciso el flujo vital de aquella mujer para poder sobrevivir!

Los dos terribles alaridos que estallaron juntos galvanizaron a los hombres. Harry Neumann sintió en su propia sangre la

espantosa necesidad de comer de Pat, y su impulso decidido a no dejar que se le escapara la oportunidad.

Adam Walker se encontró dominado por el terror angustioso que emanaba de Pamela, arrinconada ya por aquella fiera hambrienta de vida.

Los dos acudieron al mismo tiempo en ayuda de las mujeres que amaban y tropezaron en su intento. Del roce físico de sus cuerpos surgió avasalladora la única solución: ¡Matar! ¡El que primero terminara con su enemigo, sería quien salvase a su pareja!

Con una motivación tan primitiva y tan arraigada en lo profundo de la condición humana, la lucha fue salvaje.

Después de unos instantes de incertidumbre, en los que el combate no parecía inclinarse a favor de ninguno de los dos, Adam logró atenazar el cuello de Harry y siguió peleando sin soltar ya su presa, y sin que ninguna fuerza de éste u otro mundo pudiera intervenir. Neumann se defendía sin fuerza, como si le faltase la fe necesaria. Los amuletos rosados daban el triunfo a Walker. Neumann dejó pronto de forcejear.

Cuando Adam lo soltó, estaba ya muerto.

Pat yacía en el suelo, a los pies de Pamela, pero no era en esta ocasión el brillante esqueleto de otras veces. Era una maloliente piltrafa de basura, de carne y ropa corrompida, en la que ni siquiera existía la belleza macabra de unos huesos limpios y pulcros.

Adam y Pamela se abrazaron estrechamente, mientras la tenue luz de la calle los iluminaba.

La pesadilla había terminado.

Pero en un bolsillo de Adam tenía dos piedras rosadas…

Capítulo IX

Adam Walker y Pamela Morgan recibieron de manos de la enfermera el volante de entrada y siguieron el pasillo hasta llegar al ascensor.

El hospital estaba limpio, se notaba en los detalles, y bien dirigido. Uniformes impecables, movimientos serenos y sin prisa, silencio, y una decoración sobria, eficaz, práctica, no exenta de belleza y notas de color, hablaban a las claras de la calidad del establecimiento.

Subieron al cuarto piso, habitación cuatrocientos once.

Era una pequeña cortesía de la joven el querer hacer la visita, y había arrastrado con ella al doctor Walker.

Después de quince días, resultaba más que correcto interesarse por la salud del señor Tuppence. Además, ya habría pasado lo peor del ataque y quizá el pobre hombre se encontrase demasiado solo.

Entraron en la habitación. Les sorprendió la penumbra que provocaban las cortinas cerradas.

—¿Señor Tuppence? —llamó Pamela quedamente.

—Sí… ¿Quién es?

—Soy la señorita Morgan, señor Tuppence. Conmigo viene Adam Walker…

—¡Oh! Bien, bien… No saben cuánto me alegro de que se acuerden de mí. Pasen, pasen, por favor…

—No quisiéramos molestar…

—No, de ninguna manera. ¡Todo lo contrario! ¿Le importaría a alguno de ustedes correr un poco las cortinas? Yo me he acostumbrado a la poca luz, pero ahora me gustaría verles bien…

Adam se acercó a la ventana y levantó las persianas.

La claridad del día iluminó una coquetona habitación de hospital, dotada de esas docenas de cosas que hacen más agradable

la vida de un enfermo, y en la que, sobre una cama de hierro blanco, se veía la encogida figura de Oscar Tuppence.

—¿Cómo se encuentra, señor?

—Muy bien, Pamela. Ahora ya pasó el peligro. Me han tratado con mucha consideración y pronto podré levantarme.

—¿Un cigarrillo, señor Tuppence? —ofreció Adam.

—Sí, me gustará mucho… Me dejan ya fumar, saben. Media cajetilla al día. Pero me lo tendrá que encender usted mismo, Adam… De momento…

Adam Walker estaba al corriente del ataque de hemiplejía que había sufrido el alto empleado de los almacenas Fleminger, de repente, una noche, en su casa. Encendió el pitillo sin hacer ningún comentario.

—Quedaré muy bien —observó Tuppence después de expeler la primera bocanada de humo—. Al menos, eso es lo que me dicen sus colegas, Walker. Un poco torpe del lado izquierdo… Nada más…

—¿Qué le pasó en realidad, señor Tuppence? —La curiosidad de Pamela venció a su prudencia—. En la sección de su piso se comentan tantas cosas…

—Nada del otro mundo, señorita Morgan. Un vulgar ataque cerebral que me cogió de improviso. Jamás había estado enfermo antes de ahora. Me dio fuerte y gracias a que me atendieron a tiempo… Me dejará un par de años torcido. Nada que ustedes no puedan soportar…

Incluso surgían rasgos de humor negro en Oscar Tuppence.

Adam, como médico, le hizo una pregunta directa:

—¿Qué tal responde usted a los ejercicios de recuperación?

—Estupendamente. Lo único que temen es que me sea difícil volver a tener completa libertad de movimientos en la mano y en el brazo izquierdos. El brazo está como agarrotado. Han sido los centros nerviosos de mi pobre cabeza que más han pagado las consecuencias. Tengo esta mano inútil y fíjense cómo ha quedado…

Tuppence retiró las sábanas y tanto Pamela, como el propio Adam, quedaron sobrecogidos ante el cuadro que se les presentó.

El enfermo tenía la mano izquierda torcida en una postura inverosímil a partir de la muñeca y el ángulo que hacía con los huesos del antebrazo, ponía los pelos de punta. Parecía que alguna fuerza increíble le hubiera desarticulado el conjunto y que éste

hubiera soldado mal.

—Esto es lo peor, amigos míos —dijo Tuppence, ya en serio—. No se pondrá bien nunca. Y el hombro también presenta sus dificultades. Aunque no tantas. Se van a reír ustedes de mí cuando vuelva al trabajo…

—¡Por Dios, señor Tuppence! —Exclamó Pamela—. ¿Quién piensa en eso ahora? Usted deberá hacer todo lo que le manden y tomarse el tiempo necesario. Con un poco de constancia, hoy día se hacen milagros…

—No conmigo, Pamela, no conmigo… Ha sido un ataque muy fuerte.

—¿Qué cree usted que le pudo suceder, Tuppence?

—Pienso que todo fue culpa mía, Adam —repuso Oscar—. Después del suicidio de la pobre Liza, yo quedé muy afectado. Apreciaba mucho a esa joven. Salí a la calle sin rumbo fijo, bebí demasiado, creo que estuve en más de un lugar poco recomendable, y a partir de entonces ya no recuerdo nada. Debí agarrarla buena —sonrió Oscar Tuppence—. A veces hasta me imagino que conocí a una chavala imponente en el portal de una casa vieja… El caso es que a la mañana siguiente me encontraron sin sentido en la cama, me trajeron aquí y me dediqué a dar trabajo a los médicos… Una tontería.

—Son las jugarretas que nos hace la salud, Tuppence —dijo Adam—. Menos mal que se trataba del primer aviso.

—Sí; en eso tuve suerte… A propósito de suerte, el que también la ha debido de tener ha sido su amigo, el señor Lionel. No sé quién me contó que había salido ileso del pavoroso incendio de su casa. Que fue uno de los pocos que se salvaron…

Un gesto de sorpresa cruzó por los rostros de Pamela y de su acompañante. ¡Hasta allí había llegado la noticia! No les pareció oportuno decir a Oscar Tuppence que, precisamente, venían de visitarle. ¿Para qué herir la susceptibilidad del pobre hombre? Si iba a ser mucho más feliz pensando que él era el único por cuya salud se interesaban…

—Es cierto, señor Tuppence —dijo Pamela—. Lo de Tom Lionel ha sido un milagro. Fíjese que sólo se salvaron tres personas y él fue una de ellas. Sabemos que no perdió la vida, pero de ninguna manera salió ileso, como usted dice…

—Bueno, yo repito lo que me han contado… ¿Saben ustedes qué ocurrió?

—Yo hablé con él a raíz del accidente —explicó Adam, convencido de que era una necedad ocultar la verdad de los hechos —. Tom me explicó que nunca había pasado una angustia comparable a la de verse envuelto en aquel torbellino de humo cegador; tan sólo podía ver a través de la claridad de las llamas. Estaba completamente sumergido en el terror intolerable de que tantas personas morían a su alrededor sin esperanza de salvarse. Tom recuerda esto, pero no sabe ni cómo ni cuándo pudo salir del edificio.

—¿Qué tal se encuentra ahora? —Aunque en su fuero interno no se lo hubiese confesado jamás, latía en la voz de Tuppence la secreta complacencia de no sentirse solo ante la desgracia.

—Se halla totalmente fuera de peligro. Pero ya no será nunca el mismo —contestó Adam—. Las quemaduras que sufrió fueron terribles. En algunas zonas de su cuerpo le falta incluso la carne, y en otras no tiene piel suficiente. Están llevando a cabo una verdadera obra de arte en la tarea de recomponerlo, pero no quedará bien del todo.

—¿Así es verdad que fue horrible?

—Nosotros no lo hemos visto aún —mintió Pamela a medias, pues si bien acababan de estar con él, era muy cierto que no habían podido reconocerlo bajo el amasijo de vendas que lo cubría—. Pero algunos compañeros de Adam —siguió la joven— dicen que, si se hubiera caído por el hueco de la escalera y encima hubiese sufrido el ataque de un centenar de ratas hambrientas, no podría haber quedado peor. Le hacen injertos de su propia piel, pero…

Adam Walker intervino para cambiar de conversación. Con todas aquellas emociones, Pamela se estaba destrozando a sí misma. Tomaba las cosas de los demás con demasiado interés…

Desde hacía aproximadamente una semana le venían dando unos desmayos incomprensibles, que duraban apenas unos segundos, pero que al doctor Walker le empezaban a preocupar.

La joven había sido reconocida a fondo y no daba signos positivos de tener ninguna enfermedad; pero todo su estado general era el de una persona que acaba de salir de un gran trauma fisiológico. Era como si, de alguna manera extraña, Se faltaran las

ganas de vivir.

—Quedará bien, no hay por qué inquietarse —repitió Adam—. Desde luego, mejor que el cuadro que le ha presentado Pam… Hoy día, la cirugía estética es capaz de hacer lo imposible.

Después de ver la forma cariñosa con que Adam tomó la mano de Pamela, Tuppence se sintió peor. No es que amase a aquella chiquilla, ni muchísimo menos, pero creía que de tanto verla se había acabado por acostumbrar a ella, y ahora le molestaba que se la quitasen.

Sin embargo, necesitaba hablar, distraerse, no seguir por aquel camino. Por eso mismo, dijo:

—Lo que es una verdadera lástima es lo de Harry Neumann… Un chico en lo mejor de su carrera… Un escritor tan famoso, tan cotizado… Pero, en fin, son cosas de la vida. Nadie hubiera creído que estuviese tan enamorado de Liza, ¿verdad?

—Ha sido una tragedia. —Pamela notó que se le quebraba la voz —. No obstante, se podía haber adivinado. Sobre todo yo… Eran los dos tan raros, Liza y él, que acabaron por despistarme. ¡Llegué incluso a estar segura de que entre ellos todo había terminado!

—Pero ha sido por eso, ¿verdad? —insistió Tuppence.

—Indudablemente, amigo mío —se anticipó a contestar Adam—. Mi propio maestro lo atendió, ya sabe, el profesor Floid Riggs… La impresión que Tom recibió al ver muerta a Liza de aquella manera le volvió completamente loco. Hemos tenido que recluirlo en un sanatorio psiquiátrico entre todos sus amigos, ya que él no tiene familia. Su padre murió y era hijo único.

Está a tratamiento, pero es casi imposible que se reponga de su lesión. Da pena verle…

—¿Qué le pasa, entonces? —se interesó Oscar.

—Está obsesionado, loco, enfermo… Sigue queriendo a Liza y asegura que no ha muerto, que para él existe en alguna parte y que debe buscarla. No hay quien le pueda convencer de lo contrario. Sería capaz de cualquier cosa por encontrarla, si le dejásemos solo… Y, además, es peligroso…

—¿Peligroso? ¿Por qué?

—Porque su trastorno consiste en estar seguro de que Liza vive, que alguien la tiene escondida, que aunque no pueda conseguir otra cosa, quiere sus huesos, su esqueleto, que lo demás le da igual, y

que si encuentra a Pat, tendrá todo lo que desea…

—¿Pat? ¿Quién es Pat?

—Nadie. Pat no existe, es una imagen de su subconsciente lesionado. Pero Harry es peligroso —siguió explicando Adam—, porque está convencido de que su misión en este mundo es encontrar el esqueleto de Liza, y que éste lo tiene Pat. Lo realmente trágico es que para él todas las mujeres son Pat, y que ya ha intentado matar en dos ocasiones a las enfermeras que lo atienden para ver si dentro llevan el esqueleto de Liza. ¿Se imagina usted ahora qué tipo de locura es la suya? Es peligroso, muy peligroso, pues en su amor desmedido, en su búsqueda de Liza, o de Pat, es muy natural para él asesinar a cualquier mujer que se le ponga delante con el fin de comprobar de quién son los huesos que tiene dentro.

—¿No se puede hacer nada por el muchacho?

—Absolutamente nada. Mantenerlo tranquilo a base de drogas y esperar lo imposible. Se nos ha convertido en un loco asesino… ¡Lo de Harry es desesperante!

Pamela lloraba en una silla junto a la ventana, y los dos hombres guardaron silencio.

—¿Por qué precisamente esa clase de locura, Adam? —musitó como para sí Tuppence.

—Ya sabe usted, Oscar, que Harry era un acérrimo escritor de novelas de terror, de relatos fantásticos… Dios sabrá qué cosas ha leído durante estos años y hasta qué punto le han impresionado. Luego, las que él mismo escribía… ¿De dónde sacaba la tensión y el horror que reflejaban sus libros? No creo que nosotros lo entendamos jamás. El hilo de su razón debía ser ya muy tenue y la muerte de Liza lo rompió irremediablemente. Es todo lo que puede decir la medicina…

La conversación fue decayendo poco a poco y la hora de las visitas terminó.

Cuando ya estaban a punto de alcanzar la puerta de la habitación, Adam Walker se acordó de algo que le tenía intrigado y que pensaba preguntar a Tuppence. Ya lo había investigado con todos sus amigos, pero nadie sabía darle una respuesta convincente.

—Oiga, Oscar —dijo—, una pregunta sin importancia antes de marchar. ¿En alguna ocasión usted ha tenido esto, es suyo, me lo ha

prestado, o algo así? Las encontré en mis bolsillos hace unos días y no sé de quién puedan ser…

En la palma de la mano de Adam Walker descansaban dos piedras rosadas, muy pulidas, redondas, con unos triángulos invertidos grabados a cincel Había unas letras repartidas por la superficie del dibujo.

Oscar Tuppence las miró y dijo:

—No tengo ni idea. Mías no son, desde luego. En mi vida las había visto.

—Gracias, señor Tuppence —contestó Adam—. Ha sido una pregunta tonta, pero es que me tiene preocupado no saber cómo han llegado a mi poder…

Cuando la pareja se hubo ido, Tuppence se acarició el brazo y la mano completamente descoyuntados, y pensó en las piedras rosadas:

—Si pudiera ser cierto…

Aquella noche durmió con una nueva esperanza.

Capítulo X

Adam Walker se había sometido voluntariamente a la prueba de la hipnosis profunda, a instancia del profesor Floid Riggs.

Con un amuleto en cada mano, apretados los puños hasta hacerse daño, se estaba despertando en el consultorio de su maestro.

Ahora sabía todo lo ocurrido: cuál había sido el papel de cada uno en la terrible cadena de acontecimientos que casi destruye a los seis implicados; por qué habían sido ellos, y no otros, los protagonistas; dónde se hallaba, esperando, el Guardián del Umbral… ¡Lo sabía todo!

Incluso que en sus manos estaban las llaves del reino de
K'Lon-Loj,
y que éstas podían ser, de ahora en adelante, su salvoconducto en la vida del espíritu, o la seguridad de no temer ningún peligro procedente de los seres de las sombras.

—¿Qué tal te encuentras? —dijo el doctor Riggs.

—Tan mal como nunca pensé… —repuso el joven.

—Dentro de unos minutos no recordarás nada…

—¡Imposible! Es la segunda vez que vivo la misma tortura. La experiencia que hemos hecho ahora ha sido espantosa.

—Sin embargo, te aseguro que volverás a olvidarlo todo… Sólo quedará como prueba del recuerdo de tu aventura la cinta que he grabado con tus palabras.

—¿Cuándo?

—En el momento más profundo de tu sueño. Has hablado mucho, Adam; más de lo que yo esperaba.

—¿Sobre qué?

—Mientras dormías has estado haciendo un relato de lo que quedaba en tu mente como recuerdo de lo ocurrido en tu primer

viaje. Un resumen muy completo.

—Pero ¿qué me sucedía a mí? —dijo Adam, perplejo—. ¿Por qué estoy aquí como si yo fuera un paciente? ¿De qué me habla, doctor Riggs?

El profesor sonrió al comprobar la verdad de su teoría. Adam Walker ya no se acordaba de nada…

—No importa, muchacho. No te preocupes… Anda, levántate y tomaremos algo. Debes estar hambriento después dé las horas que llevas sin comer.

—Pues, ahora que lo menciona, sí que siento algo de apetito… ¿No le importa que deje esto aquí?

—Puedes ponerlas donde quieras, Adam. Luego tendremos mucho que comentar, pero de momento es mejor que repongamos nuestras fuerzas…

Adam Walker saltó del diván en el que estaba acostado, dejó aquellas malditas piedras sobre la mesa del despacho de Riggs y siguió a éste hacia la cafetería del sanatorio.

Sólo cuando hubieron vuelto al sanctasanctórum del profesor, y pudo oír por tercera vez consecutiva la cinta grabada en el transcurso de la mañana, se convenció Adam Walker de la realidad de su aventura.

—Así que eso fue lo que ocurrió…

—¿A qué te refieres? —preguntó Riggs.

—Al verdadero motivo de lo que creímos eran enfermedades en Neumann, Tuppence, Lionel, Pamela…

—¡No, no! —Rechazó Riggs con vehemencia—. Por ahí vas mal…

—Mal…, ¿por qué?

—Porque vas por el camino equivocado, Adam. La realidad de las cosas en el plano de la vida en que nos movemos, es la que en detalle podemos analizar y estudiar. La única verdad con la que nos enfrentamos es ésta: uno está loco, otro ha tenido un ataque de hemiplejía, otro ha sufrido las consecuencias de un incendio, Pamela tiene anemia… ¡Ése es nuestro problema!

—¡Pero no es cierto! Sabemos que…

—Lo único cierto es lo que tenemos delante de nuestros conocimientos, Adam. Que no se te olvide nunca… Lo que sí te concedo es que esta realidad innegable de sus enfermedades

actuales ha sido la consecuencia de un estado mental anterior que luego, que quede esto claro, ¡luego!, ha provocado el hecho real, Te lo explicaré con otras palabras… La mente de Tuppence lo llevó a un lugar donde su costado izquierdo soportó las penas del infierno, con la increíble tortura que sufrió en el templo de Agamay, y fue también su mente la que ordenó a su naturaleza, después, lo único que podía compaginar las dos verdades. Su cerebro programó, bajo la presión de su propio conocimiento, una rotura de venas y arterias, una hemiplejía estudiada, que provocase los mismos efectos naturales de lo que ya había pasado previamente, y de verdad, en el Reino de las Sombras… Ten por seguro que fue Tom Lionel quien prendió fuego a su estudio y luego se arrojó entre las llamas del incendio, para hacer natural el hecho de que las ratas blancas le habían dejado con la piel y la carne destrozadas… Y Harry Neumann se ha vuelto loco para hacer natural su desviación amorosa hacia el esqueleto que le mostraba Pat…

»Cada uno se ha defendido así de un grado de locura mayor, de la locura salvaje que les hubiera sobrevenido si tienen que aceptar que las consecuencias físicas de su aventura en el reino de K'Lon-Loj, las habían traído consigo al mundo real en que todos nos desenvolvemos. Ahora, para ellos, todo está bien y claro. Los accidentes han sido naturales, su mente los acepta, la gente que les rodea admite sus dolencias como cosas normales que pasan todos los días, y la vida sigue… Quizá ellos recuerden algo. Quizá no… Ya ves, como en tu caso, que no tuvo consecuencias reales gracias a los amuletos que cogiste a tiempo, el olvido viene una y otra vez en tu ayuda. La diferencia de que tú no te volvieras loco, y en cambio todos tus compañeros no han podido soportarlo, estriba en que tú recuerdas con claridad lo sucedido. Son mecanismos de defensa de la mente que funcionan solos, y que seguramente no sabremos jamás ni cómo lo hacen ni por qué…

—¡Dios mío! —Adam estaba desconcertado con la nueva perspectiva que se presentaba—. Si lo hubiera sabido…

—Nada habría cambiado. La prueba es que ahora lo sabes, lo puedes analizar a la luz de la lógica, tienes fe en la grabación de esta cinta, reconoces tu propia voz, ves que todo encaja con mis explicaciones y con lo que tú has estudiado en los años que llevas

de médico… Lo sabes, pero no lo sientes… Todavía, esa diferencia entre saber y sentir te salva de la desesperación.

Adam Walker estaba anonadado por la importancia del descubrimiento y por la cadena de implicaciones que se desprendían de él.

—Pero si esto es así… —murmuró, quedándose luego callado, pensativo.

—Sigue, Adam —animó el profesor—. Si esto es así, ¿qué?

—Que nunca sabremos cuántos cientos de casos se presentarán todos los días en la humanidad…

—¿Cientos, muchacho? ¡Miles!

Los dos médicos quedaron en silencio mientras valoraban para sí mismos la importancia del tema que estaban discutiendo…

—Nos encontramos a veces con cegueras imprevistas —comentó —, con gente que simplemente no quiere ver…

—Sí, Adam… Sin que jamás sepamos por qué…

—Y con personas que de repente no pueden moverse…

—De acuerdo, pero le llamamos parálisis cerebral de origen psicosomático. Y quedamos tan tranquilos.

—Hay oleadas de niños que nacen monstruosos…

—Le podemos echar la culpa al primer medicamento que no conocemos bien… La talidomida, sin ir más lejos…

—Se nos presentan enfermos con dolencias increíbles…

—Pero nos queda el consuelo de decir que la maravilla del cuerpo humano está todavía en estudio…

Los interrogantes del doctor Walker y las respuestas de su maestro se sucedían sin interrupción. Había angustia y miedo en el primero, y una gran carga de sarcasmo dolorido en el segundo.

—Proliferan por todas partes los asesinos sádicos, doctor Riggs —siguió quejándose Adam.

—Aseguramos que la sociedad tiene la culpa…

—¡Nos encontramos inmersos en una etapa de violencia mundial como nunca se ha conocido!

—Con llamarla represión sexual, paternal, familiar, etcétera, creemos tener la solución…

—¡Y un consumo masivo de drogas alucinantes!

—Ya le hemos puesto el marchamo de vicio, amigo mío. No hay por qué preocuparse de más…

—¡Qué está ocurriendo, doctor Riggs! —gritó Adam descompuesto, al tomar conciencia de las terribles puertas que se abrían ante él.

—Nada especial, Adam, nada especial… Que la mente del hombre está empezando a aprender a caminar por una ruta nueva, que ha dejado de ser un feto latente y que, como todo aprendiz, se cae, desfallece, se desespera, se hace daño contra los obstáculos que no conoce…

—¡Tenemos que hacer algo!

—¿Algo? ¿Qué? —Se encogió de hombros Riggs—. Dejarle que aprenda… Ahora está tomando contacto con otros mundos, con niveles distintos de percepción. El hombre ha intuido esta posibilidad después de miles de años de indiferencia. Ahora caminamos por esa senda. Acabaremos conociendo la ruta y venciendo sus dificultades, Adam. Eso tenlo por seguro.

—¿Cómo es posible que nadie se dé cuenta?

—¿Que no se dan cuenta? —Interrumpió Riggs—. Claro que se la dan… Hay muchas personas que lo saben y que lo aceptan. Incluso que se aprovechan de ello.

—Ahora no le entiendo, profesor…

—Pues mi querido colega, está bien claro. Todos los estímulos del consumo de la sociedad están al acecho de cuál es el nuevo fenómeno que a la gente le apasiona, y una vez descubierto, provocan su expansión a todo trance. Es una mina de oro… Observa a tu alrededor, Adam… Tienes en primer lugar el cine con su torrente de películas todas iguales: terror, sadismo, violencia, sexo, mitos más antiguos que el hombre, vampirismo, magia, sangre… La literatura de evasión, se ha adueñado de los mismos campos y nos inundan diariamente con millones de publicaciones en las que ni siquiera se escribe, sólo se dibuja… Ilustraciones del monstruo infernal, del ser desconocido que amenaza, del muerto que vuelve con nosotros, del pavor que se esconde en las profundidades… La moda es exhibicionista y nos hace a todos iguales frente al peligro común… Las noticias de continuas guerras furtivas, siempre recordando a la gente el poco tiempo que les resta… ¿Te parecen pocos empujones a nivel popular para conducir a la masa por el nuevo camino, sin que ésta, encima, se entere de nada?

—¿Pero usted cree que todo está dirigido con semejante

frialdad?

—Yo no sé si está dirigida, provocado, o si es una manifestación espontánea, pero lo que sí te digo es que en este momento hay millones de personas en todo el mundo con la imaginación ocupada con la posibilidad de que esos senderos diabólicos sean una realidad tangible.

—Es una situación terrible para todos, incluso peligrosa… —dijo Adam, asustado.

—Tan peligrosa y tan terrible —repuso Riggs— como ser el primer navegante, el primer científico, el primer investigador, el primer astronauta… De esos hombres pioneros en cualquier campo del conocimiento, han muerto a millares. De estos otros que hoy tienen la primacía de sentir a los entes primitivos que nos rodean, también acabarán destrozados a montones. Después, cuando las leyes de los mundos inconcebibles se conozcan…

El timbre del teléfono sacó a los dos hombres de su evocadora visión del presente.

El doctor Riggs había prohibido toda llamada que no fuese de superior importancia, y tembló al tomar el auricular.

—¿Doctor Riggs? —Era la voz de la enfermera jefe—. Perdone que no cumpla sus instrucciones, pero ha ocurrido algo que consideramos urgente que usted conozca.

—Hable, entonces…

—El paciente de la ciento seis, el señor Neumann, se ha escapado…

—¿Qué dice?

—No lo podemos encontrar por ninguna parte. Llevamos más de media hora intentando localizarle por todas las dependencias… ¡No está!

—¿Cómo no se me avisó en el acto?

—Usted nos había dicho que…

Era inútil enzarzarse en una discusión sobre cómo interpretaban las órdenes sus subordinados. ¡Un hombre en las condiciones de Harry Neumann, sin control, suelto por la ciudad!

Riggs se dominó a duras penas.

—Hay otra cosa, doctor…

—¡Termine de una vez!

—Ha llamado el teniente Crawley, de Scotland Yard,

preguntando por el señor Adam Walker.

—¿Qué quería?

—No lo dijo, doctor…

—Póngame con él inmediatamente, señorita. Y por el teléfono interior con el jefe de los servicios de seguridad. ¡Dese prisa!

—Ahora mismo, doctor Riggs…

La llamada interior no dio ningún resultado. El encargado de la protección del sanatorio aseguró que nadie había visto nada, que todas las puertas habían estado siempre cerradas y que lo seguían estando. Tampoco habían funcionado los sistemas de alarma de ninguno de los pisos. Si un paciente faltaba, no era culpa de su personal, ni se podía pensar que hubiese negligencia…

Riggs colgó. Inmediatamente se pudo establecer comunicación con Bert Crawley.

—Adam, ¿eres tú? —Fue la primera pregunta del teniente de la brigada de homicidios.

—Sí, ¿qué pasa?

—¿Sabes dónde está Tuppence? ¿Te dijo ayer si pensaba hacer algo especial? ¿Le has mandado tú que fuese a algún sitio que nosotros desconocemos?

Un escalofrío de terror recorrió lentamente cada una de las fibras nerviosas de Adam Walker. Algo espantoso se había vuelto a poner en marcha…

—¿Es que no lo encuentras? —preguntó, temiendo la respuesta que iban a darle.

—Se marchó del hospital hace aproximadamente una hora. Ya sabes que no teníamos vigilancia sobre él. Me han avisado de la dirección, ya que sospechan que haya desaparecido llevándose la camioneta de servicio. Falta también, y las dos cosas coinciden al mismo tiempo y en la misma ala del edificio.

—¿Lo estás buscando?

—Sí. He intentado localizarte porque sé que ayer estuvisteis de visita con él, Pamela y tú…

—Pero no dijo nada que te pueda ayudar…

—¿Estás seguro?

—Claro que sí, Bert.

—Bien; pues eso era todo.

Las ideas acudían en tropel a la excitada imaginación de Adam,

y no era el momento de andarse con contemplaciones.

—¡Oye, Bert! —Dijo antes de que el otro pudiera colgar—. ¿Sabes dónde está Pamela?

—En su casa, me figuro.

—¿Quitaste la vigilancia?

—Hace ya mucho tiempo. La monté por la chica y por su tranquilidad, pero no hacía ninguna falta.

—¿Quieres mandar a alguno de tus nombres a su domicilio, y que se quede con ella? Por lo menos, hasta que yo vaya.

—¿Qué te pasa, Adam? Yo no tengo autoridad para eso…

—Es importante, Bert. Muy importante. Harry Neumann se ha fugado del sanatorio.

—¡No es posible!

—Es lo que parece, pero el caso es que no está aquí. Lo sabemos desde hace escasamente media hora. Yo no lo relacioné con Pamela hasta que tú me has dicho que tampoco Tuppence está donde debía estar.

—Crees tú que…

—Yo no sé nada, Bert, pero te ruego que vigiles a Pamela. Tus hombres lo pueden hacer más rápido que si yo tengo que ir hasta su casa.

—De acuerdo. Ahora mismo mando a una unidad móvil para que se ocupe del asunto.

—Llámame, Bert, en cuanto sepas algo. Pamela tiene descolgado el teléfono por culpa de sus nervios… Estamos incomunicados con ella.

—Lo haré. No te preocupes.

Adam cortó la comunicación y se enfrentó a la expresión demudada del profesor Riggs.

No parecía ser el mismo hombre inteligente y ponderado de momento antes.

—¡También Tuppence ha desaparecido! —Casi gritó—. Les estuve escuchando…

—Sí.

—¿Y qué dice de Pamela?

—Van a ver si le ocurre algo…

—¡No estará en casa! —aseguró vehemente el profesor.

—¿Por qué? —Adam no entendía la agitación del otro.

—¡La llamada! ¿Recuerdas la llamada?

—Sí, ya sé a lo que usted se refiere…

—La deben estar oyendo todos.

—¡Por los cielos! —Ahora le tocó el turno de jurar a Adam—. ¡Otra vez! Pero ¿en qué lugar será ahora?

—¡Tú lo puedes saber!

—¿Cómo?

—¡Los amuletos! Tómalos en tus manos y exige que el Guardián del Umbral te lo diga.

—¡Desde luego!

Nada más tocar aquellas piedras redondas, consciente ahora de lo que realmente significaban en el conjunto de los acontecimientos, Adam Walker tuvo la respuesta:

—¡Se dirigen a dónde se encuentra Tom Lionel!

—¡Naturalmente! —Gritó Riggs—. ¡Qué imbécil he sido! ¡Lo tenía que haber adivinado! Es el único de los cuatro que no puede moverse de la cama.

—¿Qué dice?

—¡Ven! Sólo, ¡ven! Una y otra vez: ¡ven!

—¿Conoces la voz?

—¡No!

—¡Vamos! —dijo el profesor Riggs.

—Sí… ¡Vamos allá!

Adam Walker fue a meterse los dos amuletos en el bolsillo y en un impulso impremeditado, más fuerte que su voluntad, se guardó uno y el otro lo puso en manos del profesor Floid Riggs, director del Sanatorio Psiquiátrico Emerson y padre de Pat.

CAPÍTULO XI

Cuando los dos poseedores de amuleto entraron en la habitación del enfermo, se dieron cuenta inmediata de que eran los últimos en llegar.

Harry Neumann estaba en pie junto al radiador blanco de la calefacción. Tuppence se había tumbado en el sofá destinado a las visitas, y Pamela se hallaba sentada sobre la cama de Tom Lionel.

Aún no era necesaria la luz artificial y la ventana estaba abierta de par en par. Hacía mucho calor.

Los cuatro seres estaban en silencio, casi sin moverse, descansando, ajenos por completo a los demás y se diría que dormitaban. Su actitud era de espera.

Adam tuvo un instante en el que incluso buscó a Pat, como el sexto miembro de la partida, aunque ahora ya sabía las razones por las que esto era prácticamente imposible.

Floid Riggs apreció con ojo profesional la actitud de los tres hombres y la mujer, y se dio cuenta de que su capacidad para ser libres estaba totalmente dominada por una voluntad superior a la suya.

Sin embargo, era difícil saber a cuál de las mentes presentes estaban sometidas todas las demás.

Riggs tenía a su favor la experiencia recogida en multitud de casos semejantes y se dispuso a romper el hechizo.

—¡Tom Lionel! —Llamó con imperio—. ¿Me oyes?

Nada se movió en la cama, en el vendado cuerpo que allí reposaba de sus quemaduras. Ni siquiera en los ojos cerrados se apreció la menor señal de vida.

—¡Lionel, sé lo que te pasa! —Insistió Riggs—. El dios Alderish, el señor de las Ratas Blancas, está en ti. No es un dios ni grande, ni fuerte. Es un dios subterráneo, frío, al que la luz de nuestro sol le

ciega. ¡Abre los ojos, Lionel! ¡Ábrelos a la luz!

El temblor que atacó a Tom amenazaba con arrojarlo fuera de su lecho, pero no levantó los párpados. La lucha entre la voluntad humana y el poder tenebroso del dios estalló en todo su apogeo.

—Ten por seguro que entrará la luz en ti cuando yo conjure un poder superior… —Aunque Riggs—. ¡Piénsalo! ¡Te concedo poco tiempo!

A continuación, se volvió a Oscar Tuppence.

Con el amuleto firmemente cogido en la mano, el profesor dijo:

—¡Agamay! ¡Infausto dios del Deseo, yo te conjuro a que abandones a ese hombre! No es apropiado para ti… ¡Te has equivocado Agamay…! Debiste buscar un hombre con más vigor, más fuerza, más juventud… ¡Te has perdido fuera de tu ámbito! Ahora te encuentras sin energía, sin valor, sin posibilidad de tener lo que quieres… Te domina la debilidad de tu esclavo. ¡Sal afuera, Agamay! ¡Yo te lo ordeno!

Tuppence no se movió, pero todo su cuerpo pareció hundirse un poco más en el sofá donde estaba. Sólo su brazo torcido y su mano rota se balanceaban ahora incesantes, con el vaivén de un péndulo imparable. El sufrimiento físico que aquel esfuerzo debía reportar al organismo de Tuppence tendría que estar catalogado entre los peores concebibles.

Adam Walker dejaba hacer a su maestro, pero algo en su mente avisaba con clarinazos estentóreos que por aquel camino todo iría mal, muy mal, rematadamente mal…

Por el contrario, Floid Riggs, seguro de que iba ganando terreno en su combate particular con las fuerzas obscuras que dominaban a aquellos amigos suyos, se dirigió, al fin, al más peligroso de los allí reunidos.

—¡Harry Neumann! —Exclamó enérgico, con total convencimiento en su método—. ¡Harry! —Insistió, buscando los ojos indiferentes del hombre—. Que tú imaginación te salve a ti mismo. Estás viviendo en el seno de
K’Lon-Loj,
el ente supremo de las Tinieblas: el dios amante de Pat, ¡y no lo sabes! Estás muriendo poco a poco en poder de un monstruo asfixiado por los celos de una mujer… ¡Harry, despierta, déjate salvar! ¡Olvida a Pat! ¡Sólo es una imagen de la belleza y del placer!

No intentes amarla al mismo tiempo que su esposo
K'Lon-Loj…
¡Estáis los dos fundidos en un solo aliento maldito para no perder ni una gota de ella! Os vigiláis continuamente… ¡Harry Neumann, despierta de tu sueño! Tú perderás siempre… No puedes luchar con él… ¡Despierta!

Y Floid Riggs, creyendo necesario reforzar el firme propósito que tenía de dominar a Neumann, aplicó con fuerza el amuleto sobre la frente de éste.

La piedra rosada que utilizó era precisamente la que Pat había entregado a Harry Neumann burlando la celosa vigilancia de su esposo, el dios
K'Lon-Loj.
El otro amuleto, el que ahora tenía en su poder Adam Walker, era el que había pertenecido a Tuppence.

¿Casualidad? ¿Designio?

Sin lugar a dudas, el designio correspondió a la decisión del profesor Riggs de forzar al máximo el conjuro salvador, y la casualidad fue la elección del amuleto.

En vista del desarrollo de los acontecimientos y de las tensiones que allí se estaban provocando, Adam se había acercado a Pamela y le había puesto entre los dedos la piedra rosa que conservaba en su poder. De alguna manera, estaba seguro de que aquello era lo mejor que podía hacer para garantizar el bienestar de la joven.

El estallido de tanta pasión contenida tuvo lugar, en efecto, pero no de la forma que se podía prever.

Neumann, al sentir el contacto del amuleto en su frente, se inclinó ante Riggs.

—¡Oh! Señor… —murmuró.

Tuppence dejó de mover el brazo y dijo algo parecido. En la cama, Tom Lionel se fue tranquilizando paulatinamente.

—¡Oh! Señor…

Parecía que la frase cobraba vida en todos los cerebros, en todos los rincones, en todas las conciencias…

Adam Walker supo en aquel instante fugaz de serena transición, quién era el verdadero iniciador de la tragedia, quién los había, manejado a su antojo, quién dominaba en realidad todos los hilos de ambos mundos: ¡Floid Riggs!

¡Naturalmente!

¡Qué necio había sido por no haberse dado cuenta desde un principio!

Riggs era el hombre superdotado que había dedicado su vida al estudio de esas materias, que conocía al dedillo los recovecos, las limitaciones y las posibilidades de la mente humana, el único que tenía libre acceso a la confianza de todos, y el que cada día estudiaba docenas de casos parecidos…

¡Y él, Adam, había puesto en sus manos el triunfo definitivo! ¡Le había entregado voluntariamente un amuleto!

El profesor miró a sus víctimas y dudó un segundo, sólo una décima de segundo antes de decir con voz poderosa:

—¡Sí, soy yo, vuestro amo! ¡Yo os conjuro, hombres y espíritus de la noche, a que me escuchéis! ¡Yo soy el dueño de vuestras voluntades! ¡Obedecedme! ¡Haya muerte para todos! ¡Muerte en ambos lados de la línea que separa los mundos…! ¡Muerte definitiva y total! ¡Escuchadme bien! ¡Tuppence, ahoga con tus propias manos al dios oculto de las ratas blancas que domina a Tom Lionel! ¡Tú, Neumann, que estás poseído por
K'Lon-Loj,
quita la vida a la mujer! ¡Os lo ordeno: matad!

Oscar Tuppence se levantó como un autómata y se arrojó sobre la cama de Lionel. Sentado sobre su pecho, jadeando por el esfuerzo, intentaba apretar con ambas manos el cuello invisible de Tom. La escena era escalofriante debido a la postura de los miembros rotos de Oscar, en lucha con la figura vendada y blanca de su enemigo, en la que sólo se veían brillar unos ojos refulgentes y encarnados como carbones encendidos, como los ojos de las ratas cuando mueren.

Al mismo tiempo, Harry Neumann se había acercado a Pamela y en sus manos enarbolaba una silla, dispuesta al golpe definitivo y mortal.

Y por último, Adam Walker, al verse detenido por Riggs en su deseo de socorrer a Pamela, descargaba una serie de terroríficos puñetazos en el rostro del que hasta hace unos momentos había sido su admirado maestro.

Los movimientos de cada uno, los esfuerzos físicos de aquellos dementes, sus actos de locura criminal, no producían ningún ruido.

Sólo el silbante jadeo de las respiraciones, el gemir del hierro de la cama de Lionel, el impacto de los nudillos contra el hueso…, pero ni una palabra, ni un grito, ni un lamento, ni un gesto que denotase ira, rabia, miedo, dolor…

¡Nada! Como simples máquinas cumpliendo órdenes indiferentes…

La silla de Harry Neumann no terminó de caer sobre Pamela, porque algo inesperado se lo impidió.

Acababa de abrirse la puerta, y en el marco se recortaba serena, encantadora, risueña y bella como siempre, la figura armoniosa de Pat.

—Por favor, amigos míos, por favor… —Su voz volvía a ser la cristalina fuente de notas alegres y apaciguadoras con que todos la habían conocido al principio.

Oscar Tuppence se detuvo como paralizado por una corriente helada, Harry Neumann cayó al suelo muerto, Tom Lionel se volvió a recostar en el lecho y Pamela Morgan corrió a refugiarse en los brazos abiertos de Adam Walker.

Sólo Floid Riggs parecía haber perdido toda capacidad de reacción. Su cara se puso pálida como la de un cadáver.

—¡No! —gritó en el colmo del terror.

—Sí, papá —dijo Pat—. Soy yo…

—Pero ¿tú… tú…?

—Sí, papá. ¡Lo conseguiste!

—¡Pat!

En cambio, ahora fue Riggs el único en moverse. Se levantó del suelo con el rostro ensangrentado por los golpes recibidos y se adelantó hacia la muchacha.

—¡Patricia! —Sus sollozos eran profundos y sobrecogedores—. ¡Mi Pat! ¡Mi muñeca…!

Los dos, padre e hija, abrazados en medio de la habitación, llorando de alegría, prestaban una extraña nota de contraste con lo ocurrido anteriormente.

Tuppence empezó a acariciarse el brazo dolorido cerca de la cabecera de la cama de Tom Lionel. Éste, a su vez, miraba la escena con los ojos abiertos, sin sombra ya de aquellos ribetes rojos que antes destacaban sobre el blanco sudario de las vendas.

Adam tenía a Pamela junto a él, y se liaba un pañuelo sobre los

nudillos magullados.

Pat seguía besando a su padre…

El primero en hablar fue Tuppence:

—Yo creo que debo irme ya… —arguyó—. Se está haciendo tarde. He pasado un rato muy agradable con todos ustedes, pero en ese hospital son severos con el horario… Es mi primera salida y me duele bastante todo el costado. Todavía es pronto para que me considere curado… Bueno, adiós, Tom, ya he podido comprobar que tú también estás mejor. Me alegro… Ha sido una fiesta maravillosa, señorita Morgan… Y a usted, Adam, le deseo toda la felicidad del mundo en compañía de Pamela…

Oscar saludó con efusión cariñosa a la joven, y ésta le dio un beso en la mejilla.

—Ha sido usted muy amable al venir al cumpleaños de Tom —dijo Pamela—. Otro año lo celebraremos en mejores condiciones… Considérese usted invitado desde este momento, señor Tuppence…

—Gracias, señorita Morgan… Muchas gracias…

Y sin dirigir ni una sola mirada al cadáver de Harry Neumann, ni a la pareja que formaban el profesor Riggs y su hija Pat, Tuppence abandonó la estancia con su andar todavía torpe, apoyado en las muletas.

Pamela también se despidió de Tom Lionel.

—¿Vienes, Adam? —dije luego, con las mejillas arreboladas por la felicidad.

—Sí, cariño. Voy ahora mismo… —Sin embargo, al doctor Walker se le notaba dubitativo. Necesitaba hacer algunas preguntas…

La joven se dio cuenta en seguida de su deseo, pero se equivocó en cuanto a lo que Adam quería saber.

—Si tienes que decirle algún secreto a Tom que yo no deba escuchar —sonrió—, puedes hacerlo, Adam. Te esperaré abajo… Pero sólo un minuto, ¡eh! No me lo entretengas demasiado, Tom…

Pamela salió cerrando la puerta con cuidado.

Adam Walker quiso disimular ante Tom sus verdaderas inquietudes, y cuando se acercó a él para preguntarle cualquier cosa que confirmase el pretexto dado a su novia, se encontró con que el hombre estaba ya profundamente dormido.

Entonces le llegó la voz de Floid Riggs:

—Nunca podré terminar de agradecerte lo que hoy has hecho por nosotros, Adam —el profesor tomó a su colega por ambas manos—. Me has devuelto a mi hija…

Adam creyó recordar entonces algo sobre lo que se habían hecho infinidad de comentarios algunos años antes.

—¿Luego, ésta es Patricia? —preguntó—. ¿La jovencita que desapareció sin dejar rastro?

—Sí, ésta es mi hija, Adam. Aunque la policía lo consideró uno de tantos secuestros sin solución, yo siempre he sabido cuál era el abismo que la separaba de mí. Comprenderás que mi vida haya sido un infierno desde entonces, ya que, al mismo tiempo, también sabía que me era imposible recuperarla. No tenía medios para ello… Hasta el mismo momento en que tú colocaste en mis manos uno de los amuletos, no abrigaba la menor esperanza de volver a tenerla conmigo.

—No entiendo nada… —musitó Adam—. ¿Por qué no me pidió usted el amuleto, si tan necesario le era?

—Porque esas cosas no se piden, Adam. En todo caso, se dan. Tú los tenías y eran tuyos. Sin tu deseo expreso de transferirme su poder, no hubiera servido de nada que yo los hubiera cogido.

—Yo confiaba entonces en usted… —Aún quedaban restos de duda en el doctor Walker—. Pero han ocurrido tantas cosas últimamente…

—Todo puedo explicártelo en dos palabras —se ofreció Riggs—. Además, creo que es necesario… ¿No se impacientará Pamela?

—¡Oh, no! Todavía puede esperar un poco. Dígame, doctor Riggs…

—Mira, Adam —empezó el profesor—, yo sabía desde un principio que estas personas que conocemos estaban dominadas y poseídas por engendros nacidos en las profundidades más oscuras de la mente humana y que, gracias a estas mismas personas, las entelequias así creadas tenían una intensa personalidad propia. Lo sabía desde el momento en que esta tarde oímos la llamada.

»Al llegar a esta habitación, supe igualmente que algo los mantenía sujetos a su voluntad, pero ¿qué era esa sugestión superior que lo avasallaba todo? Ése era el problema más acuciante que tenía que resolver por mí mismo antes de seguir adelante. Entonces asumí un papel que no me correspondía, el del posible

dominador, y con ayuda del amuleto, provoqué sus reacciones. Ya viste que Tuppence me oyó en seguida y tuvo miedo. Tom Lionel también me escuchó y su mismo temblor denotaba su propensión a ser vencido. Pamela, por ser mujer, estaba fuera de toda duda. Sólo quedaba, por tanto, Harry Neumann. A él le hablé con el mismo tono imperioso y seguro que a los demás, le ordené que me obedeciera, y ni siquiera se inmutó… Harry no me tenía miedo, conocía mi verdadera debilidad y el truco que estaba empleando. Inmediatamente deduje que él era el hombre fuerte, el ser que yo buscaba. Aunque yo tenía el amuleto luchando a mí favor, era preciso llegar más lejos. No bastaba la simple aproximación, había que forzar el clímax y confiar en que mis conocimientos fuesen verdaderos. Por ello, tomé el amuleto y se lo coloqué en la frente. Nada más cerca del origen del pensamiento…

»Él no esperaba mi reacción, pues sabía que me jugaba la vida en aquel gesto, pero al mismo tiempo desconocía que a mí me impulsaba uno de los mayores instintos que tenemos los verdaderos seres humanos: la defensa de nuestros retoños, de nuestros hijos… Yo, en realidad, estaba luchando por Patricia… La maniobra dio el resultado apetecido. Tú mismo fuiste testigo, Adam. Cuando a los otros les ordené matar, para que así disminuyera su poder de concentración y dominio sobre mi voluntad, Tuppence y Lionel lucharon con sus manos limpias, aún podían hacerlo, nada les preocupaba que no fuera obedecer… Sin embargo, el más fuerte, el de energía más absoluta, necesitaba ayudarse con un objeto material, no tenía ya fe en sí mismo, estaba perdido… Por eso Neumann cogió la silla… Y la prueba concluyente de lo que digo es que ni aún así pudo descargar el golpe sobre la señorita Morgan.

—Yo le había dado también el otro amuleto —aclaró Adam—. No quería que Pamela corriese peligro y no sabía lo que usted estaba haciendo…

—¡Dios bendito! —Exclamó Riggs—. Todas tus acciones de hoy parece que te han sido dictadas por un espíritu bienhechor, Adam. Es como un milagro… Has tenido siempre la virtud de hacer lo único preciso para que todos alcanzásemos el triunfo…

—No lo sé, profesor… —dijo el doctor Walker—. Eran impulsos impremeditados superiores a mí… Nunca he sabido bien por qué lo hacía…

—Ya hablaremos de ello en otro momento, Adam. Lo importante ahora es dejar constancia de que logramos acorralar a esa creación de mentes calenturientas,
K'Lon-Loj,
de manera totalmente eficaz. Se vio perdido, iba a ser ignominiosamente dominado por seres humanos, tenía sobre sí el castigo de la derrota y conocía la pena. Sería encerrado de nuevo bajo los Treinta y Tres Sellos del Guardián del Umbral… No tenía solución… Desesperado, se arrojó él mismo a los abismos, se retrajo a niveles de profundidad inconcebibles para nosotros, se desprendió del mundo real… ¡Y Patricia, su presa predilecta, quedó libre!

—¿Dónde estabas, Pat? —preguntó directamente Adam a la chica.

—Aquí. Siempre al lado de Harry, pero no me podíais ver. Él no lo consentía…

—¿Qué ha pasado con Neumann, ahora que vuelve a ser él?

—Está muerto —repuso Riggs—. Era tan profunda, íntima y larga su vinculación con
K'Lon-Loj,
la creación de su mente enferma, que al desaparecer aquél, ha tenido que morir. Ha perdido la vida en este lado de la divisoria, en el de la materia sólida, y en el otro, el de la mente. Ya no tiene remedio. Harry Neumann ha dejado de existir para siempre… Lo que me disgusta es que yo jamás sospeché de él. Nunca se me ocurrió relacionarlo con tu desaparición, Pat… Nunca, hasta hace un instante…

En la mirada que Riggs dirigió a su hija había tanta alegría como pena. Si lo hubiese sabido antes…

—Fue él, papá, pero no te preocupes… Estaba encaprichado conmigo y Jo planeó todo con diabólica astucia para conseguir sus fines. Seguramente entró en contacto con el mundo de lo desconocido a través de su atormentada imaginación. Quizá él mismo creó a
K'Lon-Loj
de tanto desear la presencia de alguien que le ayudara. A mí me llevó engañada a la calle Muirland y el resto le fue fácil. Para deshacerse de Liza fraguó el asunto de la soga a costa del pobre Tuppence y esperó a que diese resultado. Se pudo comprobar que

en todo tenía la ayuda de su amo… A Tom Lionel, a Pamela y a ti, Adam, os llevó a su Reino de las Tinieblas para que otros seres idénticos a
K'Lon-Loj,
sus hermanos y hermanas, tuvieran la oportunidad de entrar en el mundo de la materia por medio de un vehículo humano. Casi lo consigue. Sus entelequias: Agamay, el dios del Deseo; Alderish, el dios de las Ratas Blancas…, tuvieron su oportunidad. Si no lo hubieseis detenido a tiempo, la puerta de comunicación de los dos mundos se hubiera agrandado un poco más y quién sabe…

—Menos mal… —dijo tontamente Adam Walker.

—Gracias a los amuletos del Guardián… —terminó Floid Riggs.

—¿Quién pensáis que los puso en vuestro poder? —sonrió Pat, mostrando sus dientes perfectos.

—Yo fui la persona que los recogió…

—¿Y quién te los ofreció en bandeja, Adam?

—¡Pat! ¡Fuiste tú!

—Claro, ya estaba deseando volver…

FIN



Seudónimo de José Luis Gorrochetegui Alonso.